

Lou Carrigan

OPERACION AKAK 398


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

OPERACIÓN AKAK 398

Colección LA HUELLA n.° 103
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B. 34.252 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta Colección: octubre, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

El camarero sonrió ampliamente y se apresuró a acudir al punto de la barra donde se había acomodado el recién llegado cliente.

—Buenas noches, señor Charles. ¿Lo de siempre?

—Hola, Jason. Sí… Lo de siempre. Tú ya sabes.

—Sí, señor: unos bocadillos, cerveza, café. Usted no engordará nunca, señor Charles. Y aún engordaría menos si no bebiera cerveza.

—La cerveza es buena para la digestión.

—Es verdad —Jason se inclinó, hablando en tono de conspiración—. Además, un agente del FBI tan movido como usted no es fácil que engorde.

—Sssst —Rom Charles se llevó un dedo a los labios—. No me delates, hombre.

—Le traeré los bocadillos. Y ya sabe que yo, desde que me enteré de eso, he sido una tumba.

—Así me gusta.

—Voy a por los bocadillos.

Se alejó, mientras el agente del FBI Rom Charles comenzaba a sacar de sus bolsillos un montón de folletos turísticos, que fue colocando y ordenando en aquella punta del mostrador que Jason le reservaba cada noche… Encendió un cigarrillo y se frotó las manos. Ajajá… Por fin. Nada menos que treinta y tres días. ¡Treinta y tres días de vacaciones lejos de Miami! Y, por supuesto, buscaría un lugar bien diferente. Lo difícil era decidirse, porque todos los folletos decían que aquel lugar que anunciaban era el mejor del mundo para unas maravillosas vacaciones de invierno: Chamonix, La Molina, Cortina
D’Ampezzo,

Alaska, Canadá, las montañas de California, Grenoble, con sus Juegos de Invierno recién terminados.

¡A esquiar! Treinta y tres días metido en la nieve, refrigerándose muy bien refrigerado para cuando llegase el verano de Miami… Un calor húmedo, mosquitos, lluvias…

—Servido, señor Charles… ¿Qué es todo esto?

Señaló con un dedo los folletos, y Rom volvió a frotarse las manos, sonriendo jubilosamente.

—Esto que aquí ves, querido camarero-cocinero, son nada más ni nada menos que mis vacaciones. ¡Un mes largo!

—Pero… veo que sólo hay aquí paisajes nevados, señor Charles.

—Hombre, claro. Para ir de vacaciones es bueno cambiar de ambiente. Supongamos que me fuese a Hawai, Copacabana, Acapulco… ¿Qué? ¿Qué diferencia notaría? Tan poca, que no vale la pena. Chicas en bikini…

—¿Tiene usted algo contra las chicas en bikini? —desorbitó el camarero los ojos.

—Ciertamente que no. Pero tengo ganas de ver chicas muy abrigaditas, con sus gruesos jerseys tan encantadores, botas, chaquetones, pantalones largos de buena lana… En la variación está el gusto, Jason.

—Me parece que tiene usted razón… ¿Sabe cuál es mi mayor ilusión cuando salgo de aquí?

—¿Cuál?

—Pues irme a otro *snack*, y que me sirvan un trago y unos bocadillos.

—¡Lo comprendo! —rió Rom—. De donde se desprende que estamos de acuerdo. Pero fíjate bien en todo esto, Jason: Europa a mi alcance… Lugares famosos y magníficos. También puedo ir a Alaska…

—¡Alaska! —exclamó despectivamente Jason—. Hombre, señor Charles…

—¿No, verdad? Bueno, pues Alaska queda eliminada. Canadá… ¿Qué te parece Canadá?

—Psé… Tengo que admitir que hay allá buenos sitios.

—Las montañas nevadas de California… ¿Eh? ¿Qué dices?

—Para quedarse en Estados Unidos, ya está bien en Miami, ¿no?

—Claro…

Rom Charles cogió un bocadillo, lo mordió, y se quedó mirando pensativamente los folletos. Alaska eliminada. California también, claro. Canadá no estaba mal, y le saldría más barato que Europa…

—¡Mi madre! —exclamó Jason.

El agente del FBI alzó la cabeza sobresaltado.

—¿Qué le pasa a tu madre? —farfulló, con la boca llena.

—Nada… A Dios gracias, está, muy bien… ¡Madre mía!

—Pero, hombre, si estás diciendo que está bien, no veo…

Se volvió hacia donde estaba mirando Jason. Esto es, hacia la puerta del *snack*… Y la porción de bocadillo que estaba masticando se quedó atravesada de golpe en su garganta al querer tomar aire. Quiso toser entonces, y todo empeoró. La porción de bocadillo empezó a subir y bajar, su rostro se congestionó… Jason se apresuró a servirle la cerveza, y el

G-man

se llevó el vaso a los labios rápidamente, haciendo lo posible por serenarse, por beber con sosiego, para empujar hacia el estómago el pan con jamón frito.

Conseguido esto, no sin dificultades, se quedó mirando a la muchacha que acababa de entrar en el nack del buen Jason. Más bien alta, de una esbeltez increíble, de una elegancia sensacional, con un cuerpo delicadísimo en su perfección que ningún elogio podía definir… Además de eso, su rostro era de una belleza cálida, dulce, cariñosa, con unos ojos negrísimos y enormes y una boca llenita, un poco alargada, de una finura y frescor que…

—Mi madre…

—Ya…, ya lo he dicho yo antes, señor Charles. Con su permiso.

La bellísima y joven desconocida se había sentado en la otra punta del mostrador, y Jason fue presurosamente hacia allá. Preguntó algo, casi tartamudeando, pero Rom Charles sólo oyó la angelical voz de la muchacha, respondiendo:

—Ron con soda, hielo y azúcar.

Durante unos segundos, Rom Charles permaneció petrificado de admiración, mientras la muchacha encendía un cigarrillo. De pronto, el agente del FBI se dio cuenta de que su corazón estaba lanzado a toda velocidad, trepidando como jamás en su vida. Pareció despertar de un sueño, saltó del taburete y se fue hacia la desconocida directo como una bala.

Se detuvo ante ella, turulato. De cerca, el esplendor de aquella belleza sobrepasaba lo increíble, aún se veía más delicada y dulce, más juvenil, más…, más todo. Ella lo estaba mirando, no poco sorprendida, al parecer.

—Rom Charles —susurró el
G-man.

—¿Perdón…?

—Yo… Ejem… Me llamo Rom Spencer Charles, tengo treinta y dos años, nací en Abilene, Texas, y soy un chico más bien simpático y atractivo, según dicen… ¿O no está de acuerdo?

La muchacha sonreía amablemente. Miró a Charles, de abajo arriba, con un gesto simpático: seis pies y una pulgada, rubiales los cabellos, ojos grises, mentón puntiagudo, belicoso, hombros anchos, cintura delgada, bien vestido, bonita voz varonil, manos grandes y elegantes…

—Me parece que debo estar de acuerdo, señor Charles.

—¿En todo?

—¿Por qué no? —sonrió ella.

—Esto… ¿Puedo…, puedo sentarme?

—Naturalmente.

—Quiero decir… a su lado.

—Desde luego, si ése es su gusto.

—Gracias. Es usted hermosísima…, digo muy amable… Sí, muy amable.

—Solamente soy cortés, señor Charles.

—¡Huy…! ¡Y muchas cosas más, señorita…, señorita…!

—Me llamo Julita Navarro, tengo veintitrés años, y nací en San Juan de Puerto Rico…

—¡En Puerto Rico! —exclamó Rom—. ¿Es usted de Puerto Rico?

—Evidentemente —la luz de aquellos negrísimos y bellísimos ojos pareció oscurecerse un instante—. ¿Le molesta eso, señor Charles?

—¡De ninguna manera! ¡Adoro a los portorriqueños! Y tengo un buen amigo trabajando en la…, en San Juan. Precisamente me estaba diciendo que puesto que mañana empiezo mis vacaciones, podría ir a un lugar tropical, bien soleado… ¡No estaría mal que fuese a ver al viejo Nat! Ya me veo bajo el ardiente sol, las palmeras, las aguas azules, las playas… ¿No es maravilloso el clima

tropical?

—Algunas personas lo rehúyen.

—Es absurdo… ¡Completamente absurdo! Yo creo…

Jason llegó con el pedido de la muchacha, mirando con más admiración todavía a Rom Spencer Charles, que además de ser agente del FBI era capaz de ponerse a charlar tranquilamente con tan bellísima damita como si tal cosa.

—Lo mismo para mí, Jason.

—Sí, señor. Oh, su cena…

—Olvídala. A mí, lo que de verdad me gusta es el ron con soda, hielo y azúcar.

—Nunca lo había pedido antes, señor Charles. Siempre… Oh, sí, sí, señor: ron con soda, hielo y azúcar. En seguida.

Se alejó prestamente, huyendo de la torva mirada del federal, que se encontró mirando del mismo modo a la sonriente muchacha. Se sobresaltó, recuperó su sonrisa, vaciló, y miró a todos lados…

—Emmm… Bueno, no quisiera ser uno de esos tipos molestos y mal educados, señorita. Si está usted esperando a alguien…

—A nadie.

—Ah, magnífico… Bueno, quiero decir… ¿Está sola en Miami?

—Así es.

—¡Estupen…! Vaya, mi intención era decir que… Bueno… Yo creo que Miami es una ciudad grande, ¿verdad?

—Menos que otras.

—Je… Claro. ¿La conoce?

—He venido antes algunas veces, por cuestiones de trabajo.

—Ah… Esto… ¿A qué se dedica? Perdón, quizá no…

—Soy maniquí, señor Charles. De esas señoritas que pasan modelos en desfiles de modas.

—Oh…

—Espero que esto no le haga pensar… tonterías.

—No, no… Por favor… Ah, gracias, Jason.

El camarero se lo quedó mirando cuando probó la bebida, quizá esperando alguna convulsión en el casi abstemio señor Charles. Pero de algo tenía que servir en aquella situación ser un agente del FBI entrenado para todo. Además, la soda rebajaba bastante la fuerza del ron. Y Rom Charles bebió tranquilamente.

—Está muy bueno esto. Y muy suave, ¿le ocurre algo, Jason?

—¿Eh…? No. No, señor… Con permiso.

Se alejó de nuevo. Julita Navarro miraba amablemente al hombre del FBI, sonriendo con aquella dulzura tan peculiar. Bebió un sorbito más de ron, dejó el vaso, y abrió su bolsito…

—Ha sido un placer conocerle, señor Charles. Y ahora…

—¡Cómo! ¿Se va usted?

—Pues sí… Tenía un poco de sed, ya no la tengo, y, por tanto, seguiré mi camino.

—Pero… No, no, no puede ser… Y guarde su dinero, se lo ruego… ¿Me permite invitarla?

Julita se lo quedó mirando fijamente, con el billete de a dólar entre sus finos deditos sonrosados, más bien dorados de sol. Pareció vacilar un instante, pero volvió a sonreír, guardando el billete.

—Muchas gracias, señor Charles. Y… buenas noches.

El corazón de Rom Spencer Charles parecía a punto de detenerse de un momento a otro.

—Pe-pero no…, no puede marcharse así… Perdone: ¿tiene algo que hacer esta noche?

—Lo mismo que otras noches: dar un paseo y retirarme a dormir.

—¡Me encantan los paseos! Y precisamente estaba pensando dar uno muy largo después de cenar…

—Pero no ha terminado su cena, señor Charles.

—Oh, bueno, eso no tiene importancia… Ya cenaré mañana por la mañana.

—¿Mañana por la mañana? —rió dulcemente Julita—. ¡Es una buena idea! Supongo que desayunará por la noche.

—Je, je… Bien, ¿qué dice?

—¿Sobre qué?

—¡Sobre lo de dar un paseo juntos! Tengo el coche aquí cerca, podemos ir a…, a… No sé, a muchos sitios… La invito a champaña en un local nocturno de Miami Beach, a pasear por la playa, a cenar… ¡Lo que usted quiera!

—Señor Charles: usted es… un torpedo.

—¿Un… torpedo?

—Va directo al blanco, sin rodeos.

—Oh, sí… Bueno, ocurre que… Vaya, si mi compañía le resulta desagradable, o molesta, pues… no la molestaré más. Pero me

moriré de pena. ¿Quiere que le diga la verdad? Cuando usted entró, mi corazón empezó a galopar… Y ahora, sabiendo que no le agrada mi compañía, se está parando, parando, parando…

—No he dicho que me desagrade su compañía, señor Charles.

—¿No? —exclamó Rom—. ¿Entonces, acepta que…, que…?

—De todos modos pensaba dar un paseo… Pero nunca me retiro más tarde de medianoche, señor Charles.

El
G-man
quedó boquiabierto, como hechizado. De pronto, se volvió hacia Jason, alzando una mano, y el camarero se apresuró a acudir.

—A mi cuenta, Jason. Y… hasta la vista.

—¿No está bien aquí, señor Charles?

—Bueno… Hay demasiada gente, ¿no?

El camarero propietario del *snack* miró a su alrededor. Había una pareja joven en una mesita, al fondo. Un joven jugando al
pin-ball.
Un hombre tomando café en el mostrador. Eso era todo.

—Sí, señor: hay demasiada gente… ¿Qué hago con sus folletos?

—¿Qué folletos?

—Los de esos lugares con nieve adonde usted pensaba ir a pasar las vacaciones.

—Mmmm… ¿Nieve? ¿Es una broma?

—Señor Charles, usted dijo…

Julita Navarro se echó a reír, de aquel modo tan quedo y dulce.
El
G-man
se quedó embobado mirándola. Luego miró furiosamente a Jason.

—Te puedes quedar con tus folletos —gruñó—. Yo iré de vacaciones a Puerto Rico.

—Pero usted dijo…

Rom Spencer Charles volvió a gruñir algo, y se apartó del mostrador, señalando hacia la puerta.

—¿Vamos, señorita Navarro?

—Con gusto, señor Charles.

—Oh, bueno, creo… Mi nombre es Rom. A secas. ¿Sí?

Estaban ya en la calle. Ella se lo quedó mirando muy fijamente, de un modo que desconcertó considerablemente al

G-man.

—Mi nombre es Julita —musitó—. Julita a secas, Rom.

Rom Spencer Charles separó sus labios de los de Julita Navarro, se apartó un poco, y miró aquellos ojos que brillaban intensamente en la oscuridad del interior del coche.

Notaba el aliento de ella, fresco y limpio, en sus labios, y antes había notado claramente, en el abrazo, el fuerte palpitar del corazón femenino. Ella también lo miró, dulcemente, lánguidamente. Su bonita boca de labios sonrosados estaba entreabierta, como aspirando todavía el último beso del federal.

—Bien —musitó éste—. Creo que ya son las doce…, aproximadamente. ¿Lo has pasado bien?

Julita Navarro dijo que sí, pero a su manera. Alzó los finos bracitos, rodeó el cuello masculino y sus labios iniciaron un beso. El corazón de Rom Charles volvía a trepidar a toda potencia… Besar aquella boquita fresca era como…, como… Bueno, cualquiera sabía a qué podía compararse aquello. Seguramente a nada, ¡a nada, desde luego!

Después del beso, ella apoyó la cabecita en el pecho de Rom, suspirando profundamente.

—Rom…

—¿Sí?

—Yo… tengo la impresión de que esto… es un sueño.

—Lo mismo me ocurre a mí.

Ella alzó la cabeza, para mirarlo de aquel modo que hacía estremecerse al
G-man
hasta su último músculo.

—El sistema americano del amor —sonrió—. Se ven, se besan, se enamoran…

—Y se casan —sonrió Rom.

—¿Tú… te casarías conmigo?

Spencer Charles parpadeó atónito.

—¿Por qué haces preguntas tontas, Julita?

Ella sonrió también y le besó en la barbilla, llevando una tremenda descarga eléctrica a todo el cuerpo del federal.

—Yo también me casaría contigo, Rom.

Charles la besó de nuevo en los labios, brevemente. Luego tomó

entre sus manos aquel delicado y bellísimo rostro.

—Mi amor… Mi amor de Puerto Rico —sonrió—. Espera a que se lo diga a Nat… ¡Se va a quedar de piedra cuando nos vea aparecer en San Juan! Quedará como un tonto cuando le diga: «Hola, Nat. Aquí me tienes, con mi amor de Puerto Rico…».

Ella sonrió, temblando un instante sus labios.

—¿Qué…, qué hora es?

—Las dos y cuarto. O sea, aproximadamente las doce —sonrió y besó de nuevo los temblorosos labios—. Supongo que vas a decirme que ya tendrías que estar en la cama. No hay objeción. ¿Hasta mañana? Es decir…, hasta hoy. ¿O no?

—Rom…

—¿Sí?

—¿No quieres… subir?

El corazón de Rom Charles paró de nuevo: casi se detuvo. Por un instante, un destello de alarma, más bien de decepción, pasó por los ojos del agente del FBI.

—¿Subir? —musitó.

—A mi apartamento. Es muy modesto… Yo… quisiera enseñarte algo, Rom.

—¿Qué cosa?

—Supongo… que no eres capaz de imaginarlo.

Rom Spencer Charles era capaz de imaginar aquello y mucho más. Las dos y cuarto de la mañana. Antes, un flechazo en un *snack*, una cena simpática, un poco de baile en un *night-club* de Miami Beach, un paseo por la playa, docenas de besos y suspiros… Se sintió de pronto como… amargo. Sí, como amargo. Y como congelado. Su amor de Puerto Rico… La bella muchacha que lo había enamorado sinceramente en unas pocas horas… En realidad, sólo verla se había enamorado de ella… Y ahora… Su amor de Puerto Rico…

¡Bah!

—¿Qué estás pensando? —susurró Julita.

—Nada.

—Rom… ¿Qué te ocurre?

—Nada. Estaba pensando en la conveniencia de subir a ver… eso que tienes que enseñarme. Y mucho me temo que no merezca mi interés.

—Rom… ¿Qué estás diciendo?

—Oh, está bien, subamos… ¿Por qué no?

—Rom, no creas que…

—Ya he dicho que subo, ¿no es cierto? Pues vamos.

Se apeó del coche, dio la vuelta por delante y abrió la portezuela; tomó del brazo a Julita y casi la sacó de un tirón.

—Rom, estás…

—Subamos. No es necesario que hablemos más.

Ella se mordió los labios. Se soltó suavemente de la mano del federal, que casi lastimaba su bracito, y recogió el bolso. Cuando se apartó del coche, Rom cerró, casi violentamente, volvió a tomarla del brazo y fueron hacia el portal del edificio de tres pisos destinado a apartamentos.

No dijo ni una palabra, nada. Cuando llegaron arriba, ella introdujo el llavín en la cerradura, abrió, y señaló en silencio el interior, sonriendo tímidamente. Su amor de Puerto Rico… ¡Bah!

Entró en el apartamento, mientras ella encendía la luz, accionando el interruptor, junto a la puerta.

Y apenas hecha la luz, Rom Spencer Charles oyó el respingo de sorpresa a su derecha, aquella respiración bruscamente cortada… Se volvió como una centella, y se encontró al hombre lanzado contra él, tenso el rostro, en alto el brillante cuchillo…

La reacción del agente del FBI fue fulgurante, perfecta…, lógica en un G-man, muy natural. Sencillamente, apartó con un brazo la mano armada, y hundió el otro puño en el vientre de su atacante, que lanzó un profundo gemido de dolor, soltó el cuchillo y saltó hacia atrás, doblado sobre sí mismo, como si fuese a partirse en dos bajo el tremendo puñetazo del gigante rubio.

Charles se volvió hacia Julita Navarro…, justo en el momento en que ésta intentaba salir del apartamento, pálida de espanto. La mano derecha del federal asió un hombro del vestido de la muchacha, como una zarpa, violentamente.

—Tú no te vas, mi amor de Puerto Rico. Vas a tener que…

Julita dio un tirón, soltándose…, pero dejando parte de su vestido en la mano de Rom. Instante que fue aprovechado por ella para salir del apartamento, por fin, sujetándose la desgarrada tela.

Charles se dispuso a ir tras ella, pero el hombre moreno y menudo que había estado en el apartamento había llegado ya hasta el cuchillo, gateando. Se puso de rodillas, alzó la mano… Se oyó el fino silbido del arma al cortar el aire en dirección a Rom, que saltó hacia un lado, lívido, justo a tiempo. El cuchillo quedó vibrando en el marco de la puerta, hundido más de media pulgada.

El moreno hombrecillo de ojos de ratón se puso en pie de un salto y se lanzó como un bólido hacia la puerta. Estaba bien claro que quería escapar de allí a toda costa… Pero recibió un puñetazo escalofriante en plena nariz. El impacto fue tal, que el hombrecillo se elevó casi un pie, dio una extraña vuelta y cayó plano, de vientre, quedando inmóvil.

Rom Charles se sacudió las manos sarcástico.

—Microbio —dijo despectivamente.

Dio de pronto la vuelta y se lanzó fuera del apartamento a toda velocidad. Bajó los dos pisos poco menos que volando, como si no tocase los peldaños, y apareció en la calle mirando a todos lados. Tuvo que detenerse en seco, so pena de saltar por encima de su coche.

Se sosegó rápidamente, insistiendo en mirar a ambos lados. Nadie. Ni un alma. La calle estaba silenciosa, solitaria. Echó a correr hacia la esquina de la derecha, miró por aquel lado, no vio a la muchacha, dio la vuelta y corrió hacia la otra esquina, mirando a todos lados.

La paloma portorriqueña había volado.

Pero tenía a su amigo, y él no podría volar mucho cuando se encontrase entre las zarpas de un agente del FBI. Le iba a retorcer el cuello hasta que le dijese dónde encontrar a la simpática y bellísima Julita Navarro; de profesión, ladrona y…

Subió a toda prisa al apartamento, y tuvo que contener una exclamación de rabia. También el cuervo había volado, al parecer. Entró a toda prisa en el dormitorio, miró en el cuarto de baño, en la cocina…

—Maldita sea…

Volvió al dormitorio y se quedó mirándolo todo, fruncido el ceño. El dormitorio, en cuanto a su mobiliario y utensilios fijos, estaba en perfecto orden. En cambio, sobre la cama se veía una maleta abierta, rodeada de prendas que se esparcían sobre la cama,

por el suelo… Había un par de revistas, un libro…

Recogió las prendas, furiosamente. Las tiró con rabia dentro de la maleta. Cuando lo hubo recogido todo, echó un vistazo general, más profundo. Pero no había nada más. Ni una sola prenda en el armario. Era como si Julita hubiera llegado allí con la maleta, la hubiera dejado sobre la cama, y hubiera salido en busca de un incauto, para ponerlo en las manos de su ratonil y moreno amigo, que tenía todo el aspecto de ser portorriqueño también.

Sólo que, ciertamente, Julita Navarro no había tenido mucha vista al elegir la «pieza».

¿A quién se le ocurría llevar a la trampa a un tipo atlético, joven, fuerte como un gorila, de seis pies y una pulgada de estatura y con puños grandes como calabazas?

Y, además, ¿por qué todo el contenido de la maleta estaba esparcido por el suelo?

Rom Spencer Charles se rascó la nuca pensativo. En realidad, si miraba las cosas fríamente, nada de aquello tenía sentido. Cogió el libro, todavía pensativo, distraído… Era una novela… No. No, no… Era un libro de poesías… Y se llamaba precisamente así, Poesía. El autor de los versos era el portorriqueño Luis Palés Matos (1899 — 1959), al parecer, el autor lírico más importante de Puerto Rico. En el libro se recogían sus obras básicas, recopiladas y publicadas bajo los auspicios de la Universidad de Puerto Rico. Una edición moderna. En la primera página, en blanco, alguien había escrito, en español: «A Julita, con el cariño de su hermana, en el día de su cumpleaños. Margarita».

Esto dio que pensar al agente del FBI, ya que, al parecer, la muchacha le había dado su nombre verdadero… Pero… ¿también el apellido?

No encontró nada más digno de interés. Desde luego, aquella preciosa criatura iba a pagar su jugarreta. Había tenido muy mala suerte al encontrarse con un agente del FBI, nada menos.

Y, por último, antes de marcharse. Rom Spencer Charles tuvo una idea furiosa e irónica a la vez. Se llevaría la maleta. Y él mismo se la entregaría a la fugitiva cuando la encontrasen…

Ya en su apartamento, y tras mucho pensarlo, Rom Charles se decidió. ¿Por qué no? Quizá, a fin de cuentas, el medio más rápido para encontrar a Julita Navarro fuese llamar a Nat Osgood, a la

Delegación de San Juan, en Puerto Rico. Es posible que allí hubiera algún antecedente de ella, alguna pista… Y de paso, charlaría con Nat. Era una buena idea: si Nat no estaba de servicio a aquellas horas, dejaría recado para que lo llamase a él al día siguiente… Aquel mismo día, claro.

Forzó su memoria, recordó el número de la Delegación del FBI en San Juan de Puerto Rico, y pidió la comunicación. Se la dieron muy pronto, cuando apenas había tenido tiempo de ponerse el pijama.

—¿Hola? ¿FBI de San Juan?

—Sí, diga.

—Les llamo desde Miami. Mi nombre es Rom Spencer Charles, de la Delegación de esta ciudad.

—Encantado, Charles. ¿En qué podemos servirle?

—Quisiera hablar con Nathaniel Osgood… Somos viejos amigos, de Quantico… ¿Está de servicio?

Hubo un breve silencio antes de oírse la respuesta:

—No. No está de servicio. Lo sentimos, Charles.

—Bien… No tengo su dirección particular de San Juan… Por favor, ¿puede proporcionármela?

Otro breve silencio. Luego:

—Lo sentimos, Charles. No podemos facilitar esa información.

—Pero… Oh, está bien, lo comprendo. Pero sí pueden hacerme un favor, ¿no es cierto?

—Seguro. Diga.

—Díganle a Nat, cuando llegue por la mañana, que Rom le llamó desde Miami. ¿Sí?

—Lo haremos con gusto.

—Pues eso es todo. Muchas gracias, compañero.

Colgó, comprendiendo muy bien la actitud de los federales de San Juan de Puerto Rico. Se fumó un cigarrillo y se acostó…, pensando en Julita Navarro, por supuesto. Aquella boca fresca y dulce, los maravillosos ojos, sus suspiros fragantes, sus manitas finas, acariciadoras…

Su amor de Puerto Rico.

Porque… así era, ciertamente. Acabará como acabase aquel tonto asunto, Rom Charles sabía que había encontrado a su amor.

Capítulo II

—Buenos días, señor.

El inspector Gordon alzó la cabeza, miró a Charles y sonrió a medias, según era su costumbre.

—Hola, Rom. ¿No empezabas hoy tus vacaciones?

—Sí, señor. He venido a despedirme y a comunicarle mi residencia durante las vacaciones.

—Norma de la casa. ¿Por qué hermoso lugar nevado te has decidido, al fin?

—Me voy a San Juan de Puerto Rico.

—Hermoso lug… ¿San Juan de…? Pero…

—Detesto la nieve, señor. Ah… Es posible que me llame un amigo de la Delegación de allá. Le dice usted que estoy en camino.

—¿Te refieres a Nathaniel Osgood, el que estuvo contigo en Quantico, ese chico tan formidable del que hablas a veces?

—Okay, señor. Le dice usted, por favor, que llegaré esta tarde, y que se las arregle para servirme de guía por allá. Además…

—Rom…

—Además, tendrá que ayudarme a buscar la pista de una hermosísima criatura. Ya le contaré el asunto cuando regrese, señor. Todo lo que puedo decirle ahora es que esa chica se llama Julita Navarro, y que anoche…

—Rom…

—Emmm… Bien pensado, no le contaré lo que sucedió anoche… Es… asunto personal, realmente. O quizá no. De momento, vamos a considerarlo así. Pero la chica aquélla… Me ha robado el corazón, señor. Lástima de lo otro, porque… Ella es hermosa como un rayo de sol, con los ojos muy grandes, la boquita alargada, tierna, dulce… Es maniquí… Y no podría ser otra cosa. Perfumada, suave,

dulce, maravillosa, inigualable, cariñosa, sonriente, adorable, delicada…

—¡Rom!

—¡Diga, señor! —Respingó Rom.

—Tu amigo, ese Nathaniel Osgood…

—¿Sí, señor?

—Está muerto.

Rom Spencer Charles se tambaleó, palidísimo. Fue, como suele decirse, como un mazazo brutal en plena cabeza.

—No… —susurró.

—Falleció en un accidente de automóvil, hace cuatro días. Me llamaron de la Delegación de San Juan de Puerto Rico, preguntando por el agente Rom Spencer Charles. Dije que, en efecto, tú eres del FBI y que estás en esta Delegación. Entonces me dijeron que te informase de que Nathaniel Osgood había muerto. No podían decírtelo a ti sin estar convencidos… ¿Te encuentras bien, Rom?

—Sí… Sí, señor. Muerto… Nat está muerto…

—Lo siento, Rom.

—Sí, claro…

El G-man se dejó caer en uno de los sillones del despacho de su jefe y quedó inmóvil, anonadado, perdida la mirada. Nathaniel Osgood había muerto. Ya está. Fin. Si te has muerto, adiós, amigo… ¿Eso era todo?

En un accidente de automóvil… ¿Cierto? ¿Era eso cierto? ¿Por qué no, realmente?

¿Acaso un agente del FBI no puede morir de ese modo? Se sube a un coche, se va a más velocidad de la debida, o hay un fallo mecánico, una curva mal tomada, o el otro conductor va distraído, hay un choque…

—¿Cómo ocurrió, señor?

—Su auto se despeñó, al mar, en la carretera que va desde San Juan a Dorado Beach. Fue rebotando por las rocas, las puertas se trabaron…, y cuando llegó abajo no pudo salir. Murió ahogado, Rom.

—¿Seguro?

—Oh, vamos, Rom… Allá también hay buenos investigadores.

No habrán escatimado esfuerzos para saber la verdad. Y la verdad es ésa, única e indiscutible.

—Bien…

—De veras lo siento, Rom. Sé que apreciabas mucho a Nathaniel Osgood. Pero así es la vida.

—Ya lo sé, señor. Así es la vida.

—Bueno… Supongo que has perdido interés por ir a Puerto Rico. No olvides comunicarme a qué otro lugar irás.

Rom Charles asintió con la cabeza. ¿Valía la pena ir ahora a Puerto Rico? ¿Para qué? ¿Para buscar la pista de una portorriqueña llamada Julita Navarro? ¿Y qué ganaría con ello? Molestias… Bastaba decirle al inspector Gordon lo sucedido aquella noche, entregarle la maleta de aquella muchacha maravillosa, decirle su nombre… Y él se podría marchar a Europa. Bien lejos…

Pero algo no acababa de entrar en la ágil mente del federal. Era como si aquella mente siempre abierta a todo se resistiese, luchase contra todo aquello. Una muchacha maravillosa, unos besos, un hombre con un cuchillo que, al parecer, había registrado la maleta de la bella portorriqueña, la huida de ésta, aterrada…

Rom Charles se puso en pie de pronto.

—No hay variación, señor —musitó—. En la Delegación de San Juan pasaré informe de mi dirección allá.

—¿Insistes en ir a San Juan? No seas morboso, Rom. Tu amigo ha muerto, eso es todo. No ganarás nada lamentándote, ni buscando una tristeza innecesaria. Te has pasado el último mes fastidiándome con tus vacaciones, después de dos años sin hacerlas. Me has atiborrado de nieve, de folletos… Vete a esquiar a un lugar bonito, con hermosas muchachas simpáticas; esquía, toma el sol de nieve… ¿Qué demonios se te ha perdido en San Juan de Puerto Rico?

—Mi amor, señor… Mi amor de Puerto Rico.

CAPÍTULO III

San Juan de Puerto Rico, una de las más bellas ciudades del Caribe, se veía abajo, en la isla sobre la cual se asentaba. Se veía su bonito puerto, el castillo de San Felipe, el palacio, la Casa Blanca, de mármol… Rodeada de aguas azules y verdes, de palmeras, bajo un cielo azul intenso, brillando en un blanco refulgente… Era como una mancha fresca en la bahía de su nombre, salpicada de pequeñas islitas, con diminutas casas en ellas. Las primeras casas que formaron la ciudad de San Juan de Puerto Rico. A ambos lados, hermosas playas con apretados racimos de palmeras que casi llegaban al mar, en el cual se veían brillantes líneas de espumosas olas, blancas como las casitas…

Un hombre, un agente del FBI cuya mente se resistía a admitir las cosas con la sencillez que aparentaban, llegaba a San Juan, en busca de su amor de Puerto Rico… ¿Realmente?

¿Acaso no había algo más en el subconsciente de aquella ágil mente? ¿No había allí, escondida en el desconcierto, una desconfianza, una intuición, un… «algo» que pugnaba por concretarse?

Demasiadas casualidades. ¿O no? ¿O sí? Una chica de Puerto Rico, un cuchillo, unas mentiras, un agente del FBI muerto en accidente de automóvil… y otro agente del FBI a punto de ser acuchillado en Miami…

El avión tomó tierra. Poco después, el G-man se metía en un taxi, con sus dos maletas… Es decir, con «su» maleta y con la de su amada Julita.

—Lléveme a un buen hotel —dijo en buen español—. No el más caro, pero por ahí le ande.

—Entiendo, señor. Le llevaré al Caimán… ¿Sí, señor?

—Está bien.

Cuando llegaron al hotel Caimán, el agente del FBI tuvo que aprobar la elección del taxista. Y para compensarle adecuadamente le dio una buena propina.

Un botones se hizo cargo de las maletas y le guió a la recepción, donde se inscribió con su verdadero nombre. Motivo del viaje: turismo, vacaciones.

—Bien venido a Puerto Rico, señor Charles.

—Gracias.

Una bonita *suite*, con vistas a la bahía, dormitorio, baño… Y una bonita terraza. Perfecto. Eran las tres y pocos minutos de la tarde.

A las cuatro, Rom Spencer Charles entraba en la Delegación del FBI en San Juan de Puerto Rico. A las cuatro y dos minutos, previa identificación profesional, era recibido en el despacho del jefe de la Delegación, el inspector Romualdo Carranza, que le tendió la mano amablemente, mirándole con atención, estudiándolo. Su inglés era impecable.

—Encantado de conocerle, Charles.

—Gracias, señor.

Romualdo Carranza sonrió, señalando una de las butacas de mimbre, más frescas sin duda que las de peluche o cualquier otro género del normalmente utilizado para tales muebles. Era un hombre de mediana estatura, quizá algo gordito, con algunas canas simpáticas y una mirada no menos simpática, pero de águila, viva, inteligente.

—¿Ha venido por lo de Nat? —musitó.

—No precisamente. Digamos que estoy… de vacaciones.

—Oh, sí… Cosa buena las vacaciones. ¿Un cigarro? ¿O prefiere un cigarrillo?

—Un cigarrillo, gracias.

Lo encendió, mirando con los ojos entornados a Carranza, que se dedicaba con gran placer a encender un grueso cigarro liado a mano… Cuando la brasa fue uniforme en la punta, expelió el humo, mirando con gesto amable al
G-man.

—Tengo la impresión de que querrá conocer los detalles, Charles.

—¿Cree que son importantes?

—No —el gesto amable de Carranza se nubló un instante—. La verdad es que no. Todo tuvo una vulgaridad… lamentable.

—¿Cómo ocurrió?

—La dirección del coche falló, éste se precipitó contra el pretil de la carretera que lleva a Dorado Beach, lo arrancó, saltó, se estrelló contra las rocas, y cayó, finalmente, al mar… Nat no pudo salir del coche porque las portezuelas quedaron encajadas… Y también sus piernas quedaron aprisionadas. Se rompieron los cristales de dos ventanillas solamente, pero entró… agua suficiente.

—Entiendo —musitó Charles—. ¿Cuándo ocurrió exactamente?

—Esta noche hará cinco.

—¿El accidente tuvo lugar por la noche?

—Sí. Esto… Todos los detalles que acabo de mencionarle fueron meticulosamente comprobados por nuestros expertos.

—Entiendo, señor. Oh, antes de que me olvide: es posible que el inspector Gordon, de Miami, tenga que llamarme. Estoy alojado en el hotel Caimán.

—Es de los buenos. Lo recordaré. Además, naturalmente, lo anotaré en nuestro directorio volante.

—Muchas gracias. ¿Puedo saber dónde vivía Nat?

—Calle Fortaleza, 228, tercer piso, segunda puerta… ¿Piensa ir allá?

—¿Cree que no debo hacerlo?

—¿Por qué no? Era un buen amigo de usted, entiendo. Nos hablaba con frecuencia de su predilecto amigo, el gigante rubio Rom Spencer Charles.

—Sin embargo, cuando llamé anoche…

—Los teléfonos todavía no tienen televisión, Charles.

—Claro. Podría haber sido otra persona… ¿Puedo ir al piso de Nat entonces?

—Desde luego. Pero no encontrará nada de interés allí. No obstante, le daré la llave… Y si encuentra algo que quiera conservar como recuerdo, puede hacerlo, desde luego. Previo informe a mí mismo, se lo ruego.

—De nuevo gracias. Emmm… ¿En qué se hallaba ocupado Nat… cuando murió?

—En nada especial. Cosas de rutina. Llevábamos unos pocos días

de cierta… calma. No se torture demasiado, Charles.

—No… Bien, creo que esto es todo, señor. Si me da esa llave, iré a echar un vistazo allá.

Carranza se puso en pie y fue hacia un mueble metálico. Cuando se volvió, con la llave, Rom estaba a su lado. La guardó y tendió la mano al jefe del FBI en San Juan de Puerto Rico. Luego fue hacia la puerta, la abrió y se volvió, con el ceño fruncido.

—Entiendo que Dorado Beach está a unas cuantas millas de San Juan… ¿A qué iba Nat a Dorado, señor? —Con toda lógica, creemos que a ver a su novia. Rom quedó asombrado.

—¿Nat tenía novia?

—Desde hacía poco. Un par de meses, quizá. Tiene una bonita villa en Dorado Beach, casi tocando el mar. Villa Poesía.

—¿Villa Poesía? —musitó el G-man.

—Bonito nombre, ¿no es cierto?

—Sí… Muy bonito. Supongo que nadie se molestará si voy a charlar un poco con esa chica.

—No creo. Pero primero tendrá que encontrarla.

—¿Encontrarla…? Usted ha dicho que en Villa Poesía…

—Ella no está allí. Desapareció.

—¿Qué quiere decir que «desapareció»? —exclamó Rom.

Romualdo Carranza movió las manos hacia arriba, como soltando una paloma. Sus negros ojos permanecían astutamente fijos en los grises de Rom Charles, con una extraña expresión en ellos.

—Puf —dijo—; voló, eso es todo. Es posible que tuviese que salir precipitadamente para algún trabajo, quizá en el continente. Lo ha hecho otras veces. Regresará en el momento menos pensado.

—Claro —los dos hombres se miraban atentamente, como estudiándose—. Me llegaré allá, por si ya ha regresado. ¿Cómo se llama esa chica?

—Margarita. Margarita Navarro. Es muy hermosa… Y su hermana todavía lo es más.

—¿Tiene una… hermana? —susurró Rom.

—Sí. Julia… Nat la llamaba Julita. Le vimos alguna vez con las dos. Algo… increíble, Charles. No creo que haya nada más bello en toda la isla… Y no me refiero a la pequeña, sino a la grande, a toda

Puerto Rico.

—Entiendo… Parece que Nat encontró su amor… en Puerto Rico.

—No fue el primero…, ni será el último.

—Claro —Rom tragó saliva—. Bien, señor, muchas gracias por todo. Le tendré al corriente de mis movimientos que se refieran a este asunto.

—Así lo espero. Y… procure divertirse, Charles. Usted ya sabe que la vida es solo… un corto juego. Todos estamos apenados por lo de Nat, créalo. Pero el FBI tiene que seguir adelante. Siempre se sigue adelante, Charles.

—Lo tendré en cuenta, señor. Hasta la vista.

CAPÍTULO IV

Lo primero que hizo Rom Spencer Charles fue regresar al hotel Caimán, en la calle de Tetuán; un lugar muy bonito, junto al edificio del Banco Popular de Puerto Rico. La calle era más bien estrecha, con casas de estilo español, incluidos unos simpáticos balcones con barandillas de hierro forjado.

En el hotel recogió su pistola; luego preguntó dónde podía alquilar un coche, y allá se fue. Alquiló un imponente «Dodge» color granate, y en tan cómodo y veloz vehículo precisó poco más de quince minutos para trasladarse a Dorado, donde estaba la famosa playa llamada Dorado Beach.

Preguntando no sólo se va a Roma, sino también a un lugar de Dorado Beach donde estaba la hermosa villa llamada Poesía. No era muy grande, ciertamente, pero sí era preciosa, con sus blancas fachadas, sus rejas, su tejado rojo, sus arcadas amplias, con flores: hibiscos, rosas y gardenias. También había, cómo no, muchas palmeras; y entre un grupo de éstas una bonita piscina, casi en forma de corazón, cuyas aguas eran azules, como teñidas, quizá debido a los mosaicos… Habla dos parasoles con lunares de colores, algunas extensibles, mesitas bajo los parasoles, una gran pelota con diversos peces pintados, revistas…

Daba la impresión de que se habían marchado de allí con cierta precipitación…, pero sin olvidarse de cerrar puertas y ventanas, bien protegidas éstas por rejas de hierro.

La playa se veía muy cerca, quizá a menos de doscientas yardas, y Rom Charles fue hacia allá, pensativo. Si Margarita Navarro había regresado y estaba en la playa, la reconocería. Tan sólo que se pareciese un poco a Julita, él la reconocería. En cuanto a Julita, a su amor de Puerto Rico, quizá debía andar todavía por Miami,

haciendo de las suyas… Aunque, realmente…, ¿qué se proponía aquella muchacha tan hermosa y dulce…?

En la playa vio, para su asombro, solamente a seis o siete personas. Una pareja que caminaba hundiendo los pies en el agua, otra que tomaba el sol tibio de marzo, un hombre que nadaba y una señora que parecía esperarle, tranquilamente sentada en la arena, leyendo. Ninguno de los allí presentes se parecía lo más mínimo a Julita Navarro.

De modo que regresó a Villa Poesía, cruzó el jardín y se detuvo delante de la puerta principal, examinándola críticamente. Parecía que la cosa no iba a ser fácil, pero en el FBI hay también clases especiales para abrir cualquier puerta, y sus compañeros, empezando por el irónico Tony Leopard, se habrían reído de él si no conseguía abrir aquélla, con la ganzúa inevitable que, según moda impuesta también por Tony Leopard, se llevaba en el zapato, introducida en la suela.

Pues, no. No se reirían de él, porque en menos de medio minuto consiguió abrir aquella puerta. Antes de entrar en la casa miró a su alrededor, y se sintió satisfecho por lo tranquilo del lugar. Nadie a la vista. La tarde era soleada, amable.

En la villa había solamente cinco habitaciones, dos cuartos de baño, una gran cocina con comedor anexo, despensa, una grandiosa sala con un bonito ventanal a la piscina y al mar… Voilá. Eso era todo.

Y estaba silenciosa, vacía. Nadie allí dentro. Parecía que todo estaba en orden, y, ciertamente, buscar allí algo de interés requería más de un hombre. Además, quizá el inspector Carranza, tan reservado y sonriente, se hubiese molestado ya en efectuar con anterioridad aquella incursión, habida cuenta de la muerte en accidente de uno de sus agentes y la subsiguiente y súbita desaparición de las hermanas Navarro, una de las cuales era la novia del agente fallecido.

Bien… Poco más tenía que hacer en Villa Poesía, puesto que ésta se hallaba desocupada. Si nadie había allí, debería guardar sus preguntas para mejor ocasión, era inevitable.

Salió de la casa, cerró la puerta y comenzó a cruzar el jardín, mirando a todos lados, todavía con la esperanza de encontrar a alguien que, al menos, pudiera informarle del paradero de

Margarita Navarro, la novia de su amigo Nat…

¡Chop!

Fue un chasquido blando, amortiguado, muy cerca de su cabeza. Justamente en la palmera que tenía a su derecha en aquel momento. Volvió, la cabeza, y durante una fracción de segundo se quedó mirando, atónito, el agujero estrellado en el tronco de la palmera… Inmediatamente saltó a un lado, cayendo de rodillas entre un grupo de hibiscos, tronchándolos lastimosamente…, y justo a tiempo de evitar la segunda bala, que se hundió en la tierra muy cerca de él, alzando un dorado surtidor.

La pistola del
G-man
salió a relucir instantáneamente, con aquella velocidad fruto del largo entrenamiento casi diario. Los grises ojos miraron a todos lados, muy abiertos, atentos… Otra bala se metió entre los hibiscos, desgarrando ligeramente su blanca chaqueta… Y a unas cincuenta yardas, en lo alto de una palmera, brotó una nubecita de humo blanquecino, a su derecha.

Rom Spencer Charles no se arredró por la distancia. Con aquella pistola, un tirador de su categoría tenía garantizado el blanco hasta ochenta yardas. De modo que…

Plop, plop, plop…

Las tres balas disparadas por el
G-man
fueron directas hacia lo alto de la palmera… Y muy bien repartidas, por cierto, no todas hacia el mismo punto. Las verdes palmas se agitaron levísimamente al ser perforadas, pero se apartaron espectacularmente al aparecer entre ellas un hombre, poniéndose en pie, con un rifle en las manos… El rifle fue el primero en caer. Luego, silenciosamente, con las manos crispadas en el pecho, le siguió el hombre de la camisa de colores, describiendo una lenta vuelta para caer, finalmente, de cabeza.

El agente del FBI se incorporó prestamente y corrió hacia la puerta del jardín. Salió a la amplia avenida florida, pistola en mano todavía, fija su mirada en el punto donde había caído el hombre que había intentado asesinarle.

Demasiado fija allá, en aquel punto.

El enorme auto negro pareció brotar de la tierra de pronto,

lanzado con fuerza, silencioso, contra el hombre del FBI, que volvió la cabeza justo a tiempo. Sus ojos se agrandaron por el espanto, su boca se abrió en el principio de un grito, de una exclamación…, y saltó hacia delante, como en larguísima zambullida, cuando el negro coche se hallaba a un par de yardas escasas. Fue una competición contra el tiempo, en la que, por fortuna, Rom Spencer Charles salió bien librado. Fue pura suerte, en realidad.

El coche sólo tocó muy ligeramente su pie derecho, cuando estaba en el aire, obligándole a desviar el salto y la caída, que en lugar de ser sobre la nuca y los hombros, para girar, fue sobre el hombro izquierdo, en verdad duramente.

Y allí habría terminado por fin la vida de Rom Charles si no se le hubiese enseñado machaconamente que cuando alguien quiere matar de un modo, no le importa hacerlo de otro. De modo que, pese al dolor en el hombro, al semiaturdimiento que sentía, colocó los pies firmemente en el suelo, y se impulsó más lejos aún del coche, evitando aquellos disparos que brotaron de una ventanilla. Todavía, antes de saltar otra vez para protegerse tras el tronco de una palmera, pudo ver el rostro moreno del hombre, crispado de furia, con la gran automática con silenciador bajo su barbilla… Iba a dispararle, pero dos disparos más le convencieron de que lo mejor era protegerse de aquella granizada.

El coche se detuvo cincuenta yardas más allá, junto al hombre caído de la palmera.

Rom asomó la nariz y la punta de su pistola, pero tuvo que esconder velocísimamente ambas, pues las puertas del coche se habían abierto y cuatro hombres saltaron a la avenida, con sus armas en la mano. Mientras uno de ellos arrastraba el cadáver hacia el auto, los otros tres disparaban, todos con silenciador, contra la palmera, que saltaba en una lluvia de cortezas, teniendo detrás, encogido hasta lo inverosímil, al agente del FBI.

El tiroteo duró apenas cinco segundos. Luego se oyó el zumbido del motor, con la fuerza del arranque… Se iban. ¿O no? ¿Y si alguno de ellos, el más listo, se había quedado esperando que asomase la cabeza?

La asomó pocos segundos después, con las precauciones naturales, lentamente.

Soltó un gruñido y salió de detrás de la palmera. No había nadie

allí, y el coche se había perdido de vista en la esquina con la siguiente avenida de la zona residencial. Seguramente irían a San Juan.

Echó a correr hacia el coche; le llevaban pocos segundos de ventaja, y con un «Dodge» se podían hacer maravillas… Esto es cierto, qué duda cabe. Pero no cuando las dos ruedas delanteras del «Dodge» están deshinchadas de sendos balazos.

Rom Spencer Charles soltó otro de sus gruñidos, y estuvo a punto de caer en la tontería improductiva de liarse a puntapiés con las ruedas. En lugar de eso, tuvo que dedicarse a cambiarlas, recurriendo a las de repuesto. Ya no tenía más. Si pinchaba por el camino, se encontraría en una situación verdaderamente molesta.

¿Qué había ganado a cambio de estas molestias y de los sustos que le habían producido los intentos para matarlo? Poca cosa: el rostro de un hombre… que, desde luego, no se le olvidaría.

Un cuarto de hora más tarde, fumando tranquilamente, emprendía el regreso a San Juan de Puerto Rico.

CAPÍTULO V

El 228 de la calle Fortaleza era un edificio de tres pisos, blanco de fachada, muy bonito, con aquellos clásicos balcones españoles, y macetas en algunos de ellos. La calle era más bien estrecha, de apenas cuatro pies cada una de sus aceras. A pesar de eso, se veían enormes coches de buenas marcas estacionados junto a los bordillos, alternándose grupos de ocho o diez a cada lado y dejando un hueco entre cada grupo. De las paredes sobresalían los bonitos y antiguos faroles de brazo. El lugar estaba muy animado, destacando las hermosas mulatas de ojos ardientes; dos de ellas, que pasaban junto al «Dodge» cuando Rom se apeaba, le miraron asombradas, y luego soltaron unas risitas de lo más simpático y prometedor, y fueron volviendo la cabeza mientras se alejaban.

Pero Rom Charles no les hizo el menor caso. Subió al tercer piso, y último, y abrió la segunda puerta, utilizando la llave que le facilitara el inspector Carranza. Dio la luz, cerró la puerta y se quedó allí, mirando sombríamente ante él. ¿De manera que allá había vivido el querido Nat…?

El piso tenía tres dormitorios, cocina, baño y dos balcones que daban a la calle. Un comedor grande, con otro balcón, que daba a la calle transversal llamada Cruz. Se quedó unos segundos mirando hacia esa calle, mohíno. Realmente, ¿qué esperaba encontrar allí que no hubieran podido encontrar un grupo de sus compañeros del FBI de San Juan? Había teléfono, televisor, radio, una pequeña pero bien escogida biblioteca, sillones de mimbre, refrigerador… Nathaniel Osgood había sabido acomodarse en San Juan de Puerto Rico. Un buen muchacho, inteligente y tenaz que, además, se había buscado una novia muy bonita… Luego, cuando tenía todo esto, ¡paf!, se mata en un accidente…

Por costumbre solamente, se dedicó a un pequeño y discretísimo registro que, como temía, no le condujo a nada. En el segundo buró del dormitorio encontró unas cuantas postales. Dos de ellas eran de él mismo, una de Nassau y otra de Tampa, de aquellas ocasiones en que había tenido que desplazarse…

Desalentado, sacó un cigarrillo y se dedicó a encenderlo mientras caminaba lentamente por el piso, pensativo, triste.

De pronto se quedó mirando hacia la puerta del piso, fruncido el ceño. ¿Le había engañado su oído?

Fue hacia la puerta y la abrió de pronto, silenciosamente. No. No había nadie allí… Pero todavía pudo ver una pierna de mujer desapareciendo en la otra puerta, que se cerró velozmente también en silencio. Una pierna de mujer muy morena, tirando a chocolate claro. Dio un paso hacia allí, pero se detuvo en seco. ¿No estaba complicando mucho las cosas? Quizá aquella mujer, simplemente, acababa de subir a su piso y ése era el ruido que él había oído. Pero no… No, porque había visto demasiada pierna. Aquella mujer llevaba una de esas graciosas batitas frescas que se utilizan en la casa, no en la calle…

Frunció de nuevo el ceño, cerró la puerta y fue al teléfono. Marcó un número…

—FBI. Diga.

—Soy Rom Spencer Charles, de Miami. Por favor, quisiera hablar urgentemente con el inspector Carranza.

—Un momento.

Fueron apenas cinco segundos. Luego, la voz de Romualdo Carranza:

—¿Sí, Charles?

—Inspector, perdone, pero… me gustaría saber quién es la vecina de Nat. Según parece, es mulata. Tengo la impresión de que estaba escuchando detrás de la puerta del piso de Nat. ¿Podría decirme algo de ella para dentro… de una hora, por ejemplo?

—Se llama Conchita Iñigo, tiene veinte años y es animadora de una taberna cerca de La Puntilla, en la calle Presidio, llamada La Tortuga Gigante. Llegó a esa casa donde está usted hace tres días, buscando piso. Le mostraron el que ocupa ahora, pero ella dijo que le gustaría más el de Nat, porque da a la calle Fortaleza, que es más bonita. Como nosotros tenemos el piso intervenido, tuvo que

conformarse con el otro.

Rom Charles consiguió salir de su asombro.

—Bien… Caramba, señor… Muchas gracias.

—De nada… —Se oyó la amable risa de Carranza—. ¿Alguna otra novedad, Charles?

—No… No, señor.

—¿Estuvo en Villa Poesía?

—Así es, señor.

—¿Nada nuevo por allí? —Carranza se mostraba picante, irónico.

—Nada, no, señor… Bueno, ya pasaré a verlo más tarde, si le parece bien.

—Oh, sí, muy bien, Charles. Hasta luego.

—Hasta luego, señor. Y gracias.

Colgó, y una vez más frunció el ceño. Desde luego, Carranza sabía algo. ¡Claro que sabía algo! Había tendido sus tentáculos federales y, por supuesto, estaba mucho mejor enterado que él de lo que ocurría en San Juan de Puerto Rico. Entonces, ¿por qué no le hablaba con claridad?

Fue al inodoro, tiró allá el cigarrillo y se dispuso a marcharse. Estaba cerca de la puerta cuando varió de opinión. Fue al buró, recogió las dos postales que tiempo atrás había enviado a Nat Osgood, y luego tomó tres libros de la biblioteca. Con todo esto en un brazo, se colocó junto a la puerta, aplicó el oído a la madera y se dispuso a esperar.

No tuvo que hacerlo ni siquiera por cinco minutos. Antes de ese tiempo oyó abrirse la otra puerta del rellano, ruido de cerradura, unos pasos de sonoro taconeo…

Sin vacilar abrió la puerta y salió al descansillo, impetuosamente…, casi derribando a la hermosa mulata que pasaba entonces ante la puerta. Ella lanzó una exclamación de sobresalto y Rom, dejando caer los libros y las postales, la sujetó de un brazo apresuradamente.

—Perdón… Perdón, señorita, yo…

—No importa, señor… —sonrió ella, hablando en español—. ¿Es usted el nuevo vecino?

—Ojalá lo fuese —sonrió Rom.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Bueno… Digamos que es muy agradable tener según qué vecinos.

Ella le miraba fijamente, sonriendo. Desde luego, no tenía más de veinte años. Era hermosa, de labios quizá un poco llenos, dientes muy blancos; negrísimos los rientes ojos, largos los cabellos no menos negros. Su cuerpo, cubierto ahora por un apretado vestido rojo de fina tela, no podía ser más sugestivo, pleno de caderas, pujante el busto casi generoso… y ciertamente llamativo; la cintura muy delgada. Una de esas mulatas que se ponen a bailar con luz roja en un escenario y hace que los hombres mastiquen el cigarro habano hasta convertirlo en chicle. Muy diferente de Julita Navarro, cuya familia, al parecer, había conservado su raza sin mezclas negras en lo más mínimo. Muy diferente, pero también cálida, bonita a su manera, sugestiva en verdad…

—Es usted muy amable, señor. ¿Es de la policía?

—¿De la…? ¡Oh, no, claro que no! ¿Por qué dice esa atrocidad? ¿Acaso tengo cara de policía?

—Pues…, no. Pero como me dijeron que ese piso estaba en manos de la policía hasta nueva orden…

—No, no, no… Yo sólo soy un amigo de Nat, el tipo que vivía aquí. Me avisaron, vine y la… policía fue tan amable de dejarme la llave, por si quería llevarme algo, como recuerdo.

—Oh… ¿Y escogió esos libros?

—¿Qué libros…? Vaya, claro…

Se inclinó, los recogió y luego sonrió como el más tonto de los mortales.

—¿Eso es todo lo que se lleva de recuerdo?

—Sí. Emmm… ¿Conocía usted a Nat? Mire, podríamos marcharnos juntos y me contaría cosas de él…

—Lo siento. Yo llegué después, cuando él ya no estaba. Creo que tuvo un accidente…

—Sí, sí… Se mató con el coche… ¿De veras no puede decirme nada de él? La policía, ya sabe, no es… muy explícita. Dicen que se despeñó, se mató, y eso es todo.

—No llegué a conocerlo, lo siento.

—Bueno… Mala suerte. De todos modos… ¿Puedo llevarla a alguna parte? Tengo el coche abajo y…

—Se lo agradezco, señor, pero no.

—Emmm… Yo… Mi nombre es Rom Charles. Tengo un mes de vacaciones y… quizá podríamos… pasarlo bien en San Juan, ¿eh?

—Discúlpeme. Me están esperando, señor.

Se dirigió a las escaleras, apartando suavemente a Rom, que continuaba pareciendo un granujilla tonto.

—¿De verdad no quiere que la acompañe?

—De verdad… —dijo ella, ya bajando el primer tramo de escalones—. Ya le digo que me esperan.

Rom se asomó al hueco de la escalera.

—¡Hey! ¡No olvide mi nombre: Rom Charles! ¡Si tiene un rato libre, puede llamarme al hotel Caimán! —se precipitó escaleras abajo, detrás de la hermosa, sugestiva mulata, alcanzándola en el primer piso—. ¿Confío en que lo recordará?

—Sí, sí… Lo recordaré, señor Charles.

—¿Prefiere que la llame yo a usted? Oiga, dígame dónde podemos vernos más tarde y…

Ella no contestó hasta que estuvieron en la calle:

—Adiós, señor Charles.

—Pero podríamos… Tengo un mes de…

Conchita Iñigo no le escuchaba. Se alejaba de allí a buen paso, balanceando las bien curvadas caderas con enérgicas sacudidas de carne prieta, mostrando sus magníficas piernas, los zapatos rojos, como el vestido… y llevándose algunos silbidos de los transeúntes.

Rom Charles no se movió de allí hasta que ella llegó al cruce con la calle San José. Luego, conteniendo una fría sonrisa, fue al «Dodge», se metió dentro y lo puso en marcha. Se desvió enseguida por la calle Cruz, bajando hasta Recinto Sur. Allí tomó Princesa, pasó los cruces diagonales de Isabel III y Nueva y llegó al cruce en ángulo recto con Presidio.

Recorrió lentamente esta calle, pasando dos minutos más tarde por delante de la taberna llamada La Tortuga Gigante. Sonrió, tomó la primera calle a la izquierda, que resultó ser de nuevo Isabel III y detuvo el coche, junto al bordillo.

Se apeó, volviendo atrás a pie, y tras unos pocos cálculos de visibilidad se metió en un portal, en la acera de enfrente a la en que se hallaba La Tortuga Gigante, teniendo buen cuidado de elegir su puesto de observación, de tal modo que pudiera ocultarse rápidamente en caso necesario.

Encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar. Con un poco de suerte, dentro de pocos minutos sería completamente de noche, de modo que podría moverse con más soltura.

Conchita Iñigo llegó diez minutos más tarde, sin haber perdido aquel rítmico caminar de rumbista vigorosa y elástica. Entró decididamente en La Tortuga Gigante. Rom Charles miró al cielo y consultó su reloj; Ya era de noche, completamente. Sin embargo, decidió esperar todavía unos minutos, antes de lanzarse al abordaje. Por supuesto, la mulata sospecharía que la había seguido, pero eso a él le tenía sin cuidado. Esperaría diez minutos y entraría en La Tortuga Gigante. A lo mejor, hasta podría ver a Conchita estremeciéndose elásticamente al ritmo de los tambores…

Cuando habían transcurrido ocho minutos, las cortinas de colores de La Tortuga Gigante se apartaron, y tres hombres salieron a la calle, directos hacia un coche negro estacionado en la acera de enfrente. La boca de Rom Charles se abrió, en un gesto atónito…, que inmediatamente se endureció. Aquel coche… Su mirada pareció clavarse, de pronto, en uno de aquellos tres hombres, y el rostro pareció agrandarse, estallar ante los ojos del
G-man.
Era el tipo que le había disparado en Dorado Beach, desde el coche negro con el cual habían querido matarle…

Los vio entrar a los tres en el coche, y se escondió en la zona oscura del portal cuando el negro vehículo pasó por delante. Luego corrió al «Dodge», lo puso en marcha a toda prisa, dio marcha atrás, ganándose un montón de iracundas protestas y casi una colisión con otro auto, y salió de espaldas a Presidio, para lanzarse a toda marcha detrás del coche negro. Dobló por Puntilla y le pareció distinguirlo, entre los demás, ya cerca de la calle de Santo Toribio. Cuando llegó a ésta, el coche rodaba hacia Arsena, la cruzó, tomó Depósito, luego Recinto Sur, tomó por Tanca y siguió ésta hasta San Francisco, que, después de cruzar
O’Donnell,
se convertía en avenida de Muñoz Rivera…

Ya no podía perderlo.

CAPÍTULO VI

Y, efectivamente, no lo perdió.

Lo llevaron nada menos que al aeropuerto internacional de San Juan. Allá dejaron el auto en el aparcamiento, y los tres se dirigieron hacia las salas de espera, dos por una parte y otro en solitario. Rom optó por vigilar más estrechamente a la pareja, ya que uno de sus componentes era el hombre moreno que le había disparado. Los vio entrar en el bar y subirse a sendos taburetes. Al parecer, pidieron ron, según se desprendía por el color del líquido. A los pocos minutos se les unió el otro, señalando su reloj de pulsera. El moreno dijo algo, señalando al techo; el recién llegado encogió los hombros y ocupó otro taburete.

Rom Charles también miró su reloj, fruncido el ceño. ¿Qué estaban esperando los tres portorriqueños? ¿Y qué tenía que ver el techo con…? Alzó la cabeza, vio los altavoces y comprendió: estaban esperando a alguien que llegaba en determinado vuelo.

Muy bien. Pues él también esperaría. Adquirió un periódico, se colocó de nuevo tras la gran maceta con la palmera enana y hundió la cabeza entre las grandes páginas, atisbando cada ocho o diez segundos.

Pocos minutos más tarde, en español y en inglés, los altavoces anunciaban la llegada del vuelo 89, procedente de Miami, acompañando el aviso con las consiguientes explicaciones de pista, puerta de llegada de los pasajeros…

Para entonces, naturalmente, Rom Charles ya estaba mirando vivamente hacia los tres hombres. Uno de ellos pasó delante, mientras otro esperaba a que el moreno pagase. El que había salido primero se fue hacia el aparcamiento. Los otros dos salieron a la sala de espera, parecieron vacilar y por fin se colocaron fuera, cerca

de la gran puerta encristalada de salida.

Otros pocos minutos más y los pasajeros del vuelo 89 comenzaron a hacer su aparición. Abrazos, besos, palmadas... Pero los ojos de Rom Charles tenían ya su presa. Una presa que hacía latir fuertemente su corazón: su amor de Puerto Rico.

Allá estaba Julita Navarro, caminando con aquella gracia tan elegante, directa hacia la salida, mirando con aprensión a todos lados. Llevaba solamente un pequeño maletín azul y un vestido nuevo, que debía sustituir al que el G-man había desgarrado en Miami.

¿No era interesante todo aquello?

La bellísima Julita pasó muy cerca del G-man... Es decir, cerca de la palmera y de aquel tipo que leía el periódico. Llegó a la puerta, salió en dirección al aparcamiento... Rom Charles dejó su periódico en la maceta y se fue presurosamente detrás de la muchacha.

Cuando salió a terreno despejado, la vio en seguida... caminando entre el moreno y el otro, directos los tres hacia el coche negro, a cuyo volante debía estar ya esperando el que había salido primero. Rom Charles estaba dispuesto ya a no asombrarse de nada. Ni siquiera ante el hecho de que su amor de Puerto Rico pareciese ir a la fuerza entre los dos tipos. Uno de ellos sujetaba fuertemente su bracito derecho. El otro, al hacer cierto movimiento, permitió que se viese el brillo del cuchillo en su mano derecha, cuya punta se apoyaba en el costado de Julita Navarro.

La verdad, por fin, quedó bien clara en la mente del hombre del FBI. Una verdad que lo estremeció, que casi paralizó aquel tonto corazón que latía a lo loco cada vez que notaba la proximidad de Julita Navarro. Una verdad fea: la iban a liquidar.

¿Liquidar a su amor de Puerto Rico?

La mano derecha de Rom se hundió bajo su blanca chaqueta, los fuertes dedos tiraron de la culata. En un segundo, aquella arma, silenciosa de origen, salió a la luz de la avenida central del aeropuerto. Sabía muy bien que no podía tener consideración de ninguna clase: si el hombre que empuñaba el cuchillo veía las cosas difíciles, lo primero que haría sería hundirlo entre las bonitas

costillas de Julita, llegando, seguramente, hasta el corazón.

Así que, firme el pulso, Rom Charles alzó la mano, se detuvo y apretó el gatillo. Así de simple.

El hombre del cuchillo lanzó un grito, dio un par de vueltas violentísimas hacia adelante, girando ante la sobrecogida portorriqueña y cayó de bruces en medio de la avenida, con fuerza. El otro se volvió velozmente, soltando a Julita, que echó a correr hacia su derecha, hacia el grupo de coches estacionados allí.

—¡Quieto! —gritó Rom.

Pero el otro no quería estarse quieto. Sacó la pistola, alzó el brazo velozmente… Plop.

El hombre lanzó un chillido y saltó hacia atrás, lanzando lejos la pistola… Dio una vuelta completa en el aire, sorprendentemente acrobática, y cayó de espaldas, como un fardo, a pleno peso, ya inanimado, muerto.

—¡No te muevas de ahí! —gritó Charles.

Echó a correr hacia el aparcamiento, todavía en la mano la pistola… Estaba llegando cuando vio salir el coche negro, a toda potencia. Sin vacilar, corrió para colocarse delante, alzando la pistola, en clara amenaza… Comprendió que el hombre que iba dentro no pensaba detener el coche cuando las luces brotaron, envolviéndolo, y el motor rugió con más fuerza…

Plop.

Antes de saltar hacia un lado, todavía pudo ver el cristal, reventado en miles de diminutos fragmentos. El coche negro comenzó a efectuar un peligrosísimo zigzag, rechinando con fuerza los neumáticos, atronándolo todo… Pasó cerca del agente del FBI como un gigantesco bicho rugiente, describiendo continuas eses, lanzando las luces hacia todos lados… El
G-man
se puso en pie de un salto, contemplando no poco impresionado la peligrosa trayectoria del coche, que de un momento a otro se estrellaría contra algo. Alzó de nuevo la pistola, pero, además de la dificultad del blanco móvil, si conseguía reventar un neumático quizá el coche volcase y la catástrofe fuese todavía mayor.

Se guardó el arma y echó a correr detrás del coche… Y lanzó un grito de rabia cuando la trayectoria de éste se enderezó, de pronto, enfilando con gran seguridad la salida del aeropuerto, a toda

velocidad.

—Maldita sea…

Regresó a toda prisa delante de los edificios del aeropuerto, directo hacia el grupo de coches donde había visto esconderse a Julita Navarro… Por todas partes aparecía gente, aún desconcertada, gritando, gesticulando. El caos era absoluto.

Julita apareció por detrás de un coche, con los ojos muy abiertos, desorbitados al máximo.

—¡Ven! —La llamó Rom.

Ella salió, lentamente, aterrada… Rom llegó ante ella, la cogió de una mano y echó a correr hacia su coche alquilado. Aquella vez era de esperar que no estuviesen reventadas las ruedas.

No lo estaban. Abrió, empujó adentro a Julita y pasó a toda prisa ante el volante. Puso en marcha el coche, salió… y las figuras de dos policías uniformados aparecieron ante él, pistola en mano, haciéndole señas perentorias para que detuviese la marcha del vehículo. Estuvo tentado de esquivarlos, arriesgándose a un balazo, pero la presencia de Julita junto a él enfrió esa decisión. Además…, ¿por qué correr detrás del fugitivo? ¿Acaso no sabía que podría encontrarlo, a él mismo, o su pista, en La Tortuga Gigante?

Detuvo el auto y esperó, resignado.

Uno de los policías abrió la portezuela y movió la pistola.

—Salga —dijo en inglés.

Rom Charles salió, con las manos en alto.

—Quiero hablar ahora mismo con el inspector Carranza, del FBI. Mi nombre es Rom Charles, también del FBI.

CAPÍTULO VII

El policía se volvió hacia Rom, tendiendo el auricular del teléfono.

—El inspector Carranza quiere ahora hablar con usted, señor Charles.

—Gracias. Yo también tengo algo que decirle… ¿Señor?

—Charles, ¿qué ha hecho usted?

—Bueno… Ya el policía le ha explicado lo que ha ocurrido aquí, señor. Ahora, yo lo completaré. Eran tres hombres. No tuve más remedio que matar a dos de ellos. El tercero escapó, en un coche negro, grande, «Plymouth». He sido tan estúpido de no fijarme siquiera en la matrícula, pero le diré dónde puede encontrar a ese hombre.

—¿Dónde?

—En La Tortuga Gigante. Los tres salieron de allí. Yo…

Explicó lo sucedido desde que lo llamara anteriormente por teléfono desde el piso de Nat Osgood. Y, puestos a contar, explicó también lo sucedido en Villa Poesía.

—Ya sé eso, Charles —casi le cortó Carranza—. Uno de mis hombres vigilaba a distancia la villa, con prismáticos. No pudo llegar para ayudarle, pero me avisó…

—¿Tampoco vio al tipo que se había subido a la palmera? —Gruñó Rom.

—No. Hay demasiadas palmeras allí, y él estaba atento a la casa, porque le había visto a usted entrar… Escuche esto, Charles, usted se viene ahora mismo a la Delegación, ¿entendido?

—Muy bien. Charlaremos de…

—No charlaremos de nada, porque yo me voy ahora mismo a La Tortuga Gigante. ¿Está claro?

—Pero, señor, yo podría…

—¡No podría nada! Quiero que venga aquí y que me espere. Usted no conoce San Juan como nosotros. Y… ya ha hecho bastante.

—¿Bastante, señor? No comprendo…

—Ha levantado la caza, que era lo que esperábamos de usted en cuanto puso los pies en Puerto Rico; no sé por qué, es importante en esto. Y, efectivamente, nos ha levantado la caza. Ya es suficiente.

—Entonces…, ¿usted sabía algo que…?

—Oh, vamos, Charles, el FBI es el mismo en Miami que en Puerto Rico… ¿O cree que los de aquí somos más tontos?

—No… No, señor, claro…

—Venga a la Delegación. Eso es todo, Charles. Y tenga cuidado, usted es ahora la pieza que sigue a Nat.

Clic.

Rom Charles se quedó mirando el auricular. Luego lo colgó, lentamente, y se volvió hacia el policía que estaba junto a él, en uno de los despachos del aeropuerto.

—Tengo orden de…

—Lo he oído —sonrió el policía—; el inspector Carranza tiene muy buena voz, señor Charles. Por supuesto, puede marcharse. Nosotros nos encargaremos de todo esto, de momento.

—Gracias.

Tomó de un brazo a la atribulada Julita, salieron del aeropuerto, y poco después estaban en el coche. Rom lo puso en marcha, tomando el camino de regreso a San Juan… De pronto, transcurridas apenas quinientas yardas, movió el volante, sacando el coche de la autopista, bajo unas palmeras que se recortaban contra la luna.

Se quedó mirando a Julita Navarro y, de pronto, sonrió, ante la asustada expresión de ella.

—Todavía no te he dado la bienvenida, amor de Puerto Rico.

Julita hizo un pucherito, primero. Luego, de pronto, lanzó un alarido y se abrazó al agente del FBI, temblando fuertemente, clavando sus manitas en el cuello de Rom, que se dedicó de muy buen grado a calmar a la muchacha, acariciándola.

—Bueno, bueno, pequeña… Ya ha pasado. Éste no es modo de reunirte con tu amor de Miami. ¿No te gustarían más unos cuantos besos?

—Oh, Rom, yo…, yo…

—Tú te habrías evitado todo esto y otras cosas si hubieras sido completamente sincera conmigo desde el primer momento. ¿Sí o no? Para otra vez que… Bueno… Esto… Ejem… Caramba…

Ella le estaba mirando fijamente, de aquel modo que convertía el corazón del
G-man
en una locomotora vieja, su ágil mente en una olla llena de tomillos sueltos… Lo mejor, sin duda, era serenarse primero y hablar después. Y para serenarse, no encontró medicamento mejor que una inyección del dulce aliento de su amor de Puerto Rico.

De manera que… cuando terminó el beso, la locomotora iba lanzada a toda potencia, y la olla con tornillos sueltos se agitaba espantosamente.

—Madre mía…

—¿Qué, Rom…?

—Digo que…, que bien venida a Puerto Rico.

La volvió a besar, mientras ella se abrazaba a él fuertemente.

—Esto… ¿De qué estábamos hablando, muñequita?

—De…, de que yo te mentí… Pero no te mentí, Rom, es que…

—A ver, a ver, explica eso bien y con calma… Y no me mires así.

La besó velozmente en los labios. Luego, aún más velozmente, encendió dos cigarrillos, puso uno en la boquita de su amor de Puerto Rico y se quedó otro entre los dientes, sonriendo.

—Julita, no sigas… Sigue.

—¿En qué quedamos?

—Digo que sigas con esa explicación. Pero tranquila, reposada.

—Está bien… —sonrió ella—. Yo fui a Miami porque Nat siempre nos decía a Margarita y a mí que si alguna vez nos encontrábamos en algún apuro, su amigo Rom nos ayudaría a lo grande…

—Entendida esa parte. Pero dime: ¿no habría sido facilísimo ir a mi apartamento, presentarte…?

—Yo tenía… mucho miedo, Rom. Antes de decirte lo que ocurría quise conocerte bien, convencerme de que podías confiar en ti… Cuando te dije que subieses a mi apartamento que había alquilado en Miami, era para enseñarte una cosa que Nat me entregó…

—¿Qué pintaba aquel tipo en tu apartamento?

—No sé… No lo conocía, Nat, te lo juro. Él… Yo supongo que él estaba allí para quitarme lo que tenía en la maleta… Nat ya me advirtió que tuviese cuidado, que me vigilarían, que me perseguirían… y así fue.

—Sí… Parece que te localizaron por fin en Miami, y querían algo que había en tu maleta. Muy bien, quisieron matarte a ti, no a mí, en realidad. Ahora comprendo el respingo de aquel hombre al encontrarse ante un tipo como yo en vez de una muñequita como tú… ¿No lo has vuelto a ver?

—Sí… Pero ya no podía alcanzarme. Le vi en el aeropuerto de Miami, cuando ya se deslizaba mi avión. Él también me vio, pero ya no podía hacerme nada…

—Claro —sonrió secamente Rom—; solamente llamar por teléfono a San Juan para que te diesen la bienvenida sus amigos.

—¡Oh!

—¡Ah! —sonrió de nuevo Rom—. ¿Cuándo viste a Nat por última vez?

—Hace cinco días. Por la tarde. En realidad…, creo que ni siquiera lo vi bien…

—¿Cómo se entiende eso?

—Nat me llamó a la casa de modas donde en ocasiones paso algunos modelos…

—He visto tu villa. ¿Tanto dinero ganáis con eso tu hermana y tú?

—No… Bueno, ganamos bastante, sí, pero, además, nosotras tenemos dinero…

—Estupendo… ¿Qué te dijo Nat?

—Me dijo… Era todo tan extraño… Me dijo que tenía que salir inmediatamente de la *boutique*, y esperarlo escondida en la carretera de Dorado. Pero que tenía que esperarlo escondida. El pasaría con el coche, y me tiraría un sobre. Yo tenía que cogerlo enseguida, sin que nadie me viese, ocultándome, y luego esconderlo y llevártelo a ti, a Miami…

—¿A mí? ¿Por qué no a la Delegación del FBI en San Juan?

—Nat dijo que no me acercase por allí, ni llamase por teléfono, ni nada, porque podrían enterarse, localizarme y matarme… Me dijo que no me complicase la vida, que hiciera exactamente lo que

él decía, y que tú arreglarías todo. Yo…, yo le obedecí, porque sabíamos…, sabíamos que era del FBI y que aquello tenía que ser importante. El pasó con el coche, tiró el sobre… Casi enseguida pasó otro coche, de modo que tuve que esperarme para recoger el sobre. Cuando lo tuve, fui a casa de una amiga, esperando que Nat me encontraría allí… Para eso, llamé a mi villa, para decírselo a Margarita…

—Y ella no contestó al teléfono —musitó Rom.

—No… También la llamé desde Miami, cuando llegué, anteayer, pues estuve dos días aquí, atemorizada, antes de decidirme a tomar el avión… La llamé desde Miami, pero tampoco contestó. Estaba tan asustada que ni me atrevía a ir a verte a ti, no sabía qué hacer…

—Debiste confiar más en Nat. Pero comprendo tu miedo. ¿Qué hizo Nat después de tirarte el sobre a un lado de la carretera?

—Siguió hacia Dorado… No sé más.

—Yo, sí. Yo sé mucho más… —dijo fríamente Rom—. Y te lo voy a decir: desde el momento en que Nat consiguió ese sobre, alguien se dedicó a cortarle todos los caminos. Vigilaron la Delegación del FBI, el aeropuerto, las carreteras, enviaron a alguien a tu villa y… capturaron a tu hermana. Nat salió de San Juan, camino de Dorado. Luego siguió hacia la villa, porque sabía que Margarita podía estar en peligro. Y por el camino fue detenido: un coche que venía de la villa, con tu hermana dentro, y otro que lo seguía desde San Juan… Lo atraparon entre los dos, y teniendo a tu hermana, Nat tuvo que claudicar. Cuando comprendieron que él no tenía el sobre, lo despeñaron, sin maltratarlo. Simplemente, lo metieron en el coche y tiraron éste por el acantilado. Por eso todo pareció un accidente en verdad. En cuanto a tu hermana…

—Rom…, Rom, por Dios…

—Julita, lo siento, pero… Bien, hay dos alternativas. Quizá la tiraron con él y saltó al mar por una de las ventanillas, y está… todavía en el mar. O quizá se la quedaron, viva, para cuando te localizasen amenazarte con matarla si no les entregabas el sobre. Ellos se enteraron de que tú lo tenías, supieron que finalmente habías volado hacia Miami…

—Dios mío, pobre Margarita…

Rom tiró el cigarrillo y abrazó de nuevo a Julita.

—Ahora comprendo por qué el inspector Carranza dice que yo

soy la pieza que sigue a Nat… Claro… Si hasta ahora esa gente ha permanecido inactiva…, ¿por qué atacarme a mí, en tu villa? Quieren algo que creen que yo tengo… ¡El sobre! Pero… yo no lo tengo, Julita…

—Estaba en mi maleta, Rom, ya te lo he dicho.

—En tu maleta… —musitó el G-man—. ¡Claro! ¡Yo tengo tu maleta en el hotel! ¡La traje para…! Bien… Realmente, podré devolvérsela a mi amor de Puerto Rico —la apartó, sonrió y la besó en la boquita—. Vamos ahora mismo a buscarla. Claro… ¡Eso era lo que el tipo pequeñajo aquél había estado buscando! —El coche arrancó camino de San Juan—. Otra cosa: ¿por qué no me llamaste en Miami por teléfono?

—Estaba muy asustada, creía que te seguirían a ti y que me encontrarían… Pero me decidí a llamarte por la mañana… y ya no estabas.

—Ajá… Entiendo. Bueno, vamos al hotel. Cuando llegue a la Delegación, ya podremos disponer del sobre para entregarlo al inspector Carranza. Eso, claro está, suponiendo que el tipejo aquel no lo hubiese encontrado ya.

CAPÍTULO VIII

No.

El tipejo aquel no lo había encontrado. Por dos motivos. Uno, que el sobre, así como la media docena de papeles que contenía, eran de finísimo papel y, además, del tamaño de una tarjeta de visita. Dos, porque estaba metido en el forro de piel del libro de poesías de Luis Palés Matos, el gran lírico portorriqueño.

—¿Estuviste en tu villa para recoger ese libro? —se extrañó lógicamente el G-man.

—No. Lo llevaba en el coche…

—¿Y la maleta? ¿Y las ropas? ¿De dónde lo sacaste todo?

—Siempre llevo cosas así en el coche, Rom. En la *boutique* suelen regalarme vestidos y otras prendas, y yo siempre llevo una pequeña maleta, porque a veces también tengo que cambiarme allí, de…, de ropa interior…

—Oh, sí… —sonrió el G-man.

—Eres un…, un granuja, Rom.

—Sí —el G-man estaba distraído, contemplando el pequeño sobre de finísimo papel —. Eso me decían en la escuela. Veamos qué es todo esto, amor.

Media docena de papeles casi transparentes, con dibujos de barquitos. Estaban todos ellos numerados, del uno al seis. En cada dibujo se veían aquellos barquitos dispuestos de manera diferente… Había treinta pequeños barquitos en la hoja número uno. Luego, a cada hoja siguiente, había menos, hasta llegar a la última, la seis, en la que sólo se veían catorce. Los demás, al parecer, se habían ido

hundiendo en aquella guerra de barquitos sobre el papel. Había también dibujitos de colores y letras que nada significaban para Rom Charles.

El federal se rascó la coronilla, perplejo.

—Bien… En todo esto sólo veo una cosa que puede significar algo, pero ignoro qué. Una cosa en común que tienen los seis papelitos del juego: las letras y números

AKAK-398.

¿Te dice algo esto, Julita?

—No…

—A mí tampoco. Pero veamos si en la Delegación saben algo. Llamó a la Delegación, recibiendo respuesta en español.

—FBI. Diga.

—Soy Rom Charles, de Miami. ¿Se sabe algo del inspector Carranza respecto a su visita a La Tortuga Gigante?

—Sí, Charles. No había nadie allí.

—¿Cómo?

—Encontraron cerrada la taberna… Pero entraron, claro… Y no había nadie allí.

—Maldita sea… El tipo que se me escapó debió avisarlos por teléfono apenas entrar en San Juan… ¿Qué hace ahora el inspector Carranza?

—Está de regreso a la Delegación.

—¿Con todos los muchachos que fueron con él?

—No… Algunos han sido destinados a la búsqueda de Avelino Chávez. Es el dueño de La Tortuga Gigante.

—Oh, sí… Bueno, lo que me interesa a mí ahora es lo siguiente, compañero: ¿le dicen algo las letras y números

AKAK-398?

—Pues, no… De momento, no, Charles.

—Entonces, hagamos una cosa: cuando llegue el inspector Carranza le pide usted que busque algún significado a eso. Si no lo encuentran en la Delegación, pidan ayuda a los técnicos en claves de la Central de Washington. Como ayuda, diré que la cosa va de barquitos… Seis papeles con barquitos. Los papeles, numerados. Y a medida que el número va siendo más alto, faltan barquitos. Es todo lo que sé. De todos modos, salgo para ahí en seguida… ¿Okay, muchacho?

—Okay, Charles. Pongo en marcha el asunto AKAK-398.

—Hasta luego.

Colgó el auricular y quedó pensativo. No era buena la noticia de que se habían esfumado los personajes de La Tortuga Gigante… Claro que quedaba el coche negro, que quizá fuese encontrado. Además, se conocía la personalidad del propietario de la taberna, el tal Avelino Chávez. De un modo u otro, lo encontrarían, eso era seguro. Pero quizá para entonces fuese ya tarde para…, ¿para qué?

—Nos vamos a… —Sonó justo entonces el teléfono, y lo descolgó cuando todavía sonaba el primer timbrazo—. ¿Diga?

—¿Señor Charles? —susurró una voz, tensa.

—Sí…, Rom Charles. Usted es…

—Conchita… Conchita Iñigo, la vecina de su amigo… ¿Me recuerda?

—¿Cómo no? —exclamó Rom—. ¿Ha decidido aceptar mi invitación, quizá, linda Conchita?

—Señor Charles… Ya sabe que están ocurriendo cosas… Es inútil que lo niegue. Tuve que escapar de La Tortuga Gigante, corriendo, cuando uno de los amigos de Avelino llamó por teléfono… Cerraron la taberna, se fueron todos… Yo temo que… oí algo que no les gustó y me están buscando. Hablaron de usted, también, comentando que debía ser del FBI… Estoy muy asustada, señor Charles…

—Lo comprendo. ¿Qué es lo que oyó en la taberna?

—Se lo diré luego, cuando nos veamos…

—Está bien. Vaya a la Delegación del FBI y allí nos…

—¡No! Seguramente han previsto eso… Prefiero esconderme, buscar un lugar menos… peligroso.

Rom Spencer Charles sonrió duramente, sarcástico, irónico. ¿Le quería tomar el pelo aquella mulata?

—Entiendo. Bien… podemos vernos donde usted quiera, Conchita. Y una vez esté conmigo, ya no tendrá nada que temer. Eso, suponiendo que sea cierto.

—¿Cree usted que le estoy mintiendo? —Se crispó la voz de ella.

—¿Usted? No, desde luego… Quiero decir que quizá sean imaginaciones suyas y que no la están persiguiendo, ¿comprende?

—Los estoy viendo desde aquí, en la calle, buscándome… Voy a

salir por la puerta de atrás de esta tienda, señor Charles… Lo espero en el Morro, cuanto antes… Por favor… ¡Por favor!

—De acuerdo. Salgo ahora mismo para allá, Conchita. No tema.

Colgó y se quedó mirando burlonamente el teléfono. La gente es idiota, desde luego.

—¿Quién es esa linda Conchita? —refunfuñó Julita.

—Oh, pues… una preciosa mulata de ojos de fuego y cuerpo de ardiente lava…

—¡Rom!

El agente del FBI la abrazó, sonriendo, mirando aquellos bellísimos ojos de profundidad incalculable, era como lanzarse a un abismo, mirar aquellos ojazos.

—¿Sabrías llevarme al Morro por el camino más corto?

—¿Al castillo? ¿Para qué?

—Mujer, para acudir a la cita con Conchita, está claro.

—Conozco el camino más corto, pero no te llevaré allá, porque si crees…

El G-man la besó en los labios, apretándola contra él.

—Vamos al Morro, muñequita. Y olvida esas tonterías que estás pensando. Sólo tú eres y serás siempre mi amor… de Puerto Rico. Oh, y de todas partes claro…

CAPÍTULO IX

Subieron por la avenida del Morro, y en determinado momento tuvieron que dejar el coche. El camino ascendía en suave pendiente, bien cuidado, protegido por gruesos muros, con el mar al otro lado.

Rom Charles se detuvo, de pronto, mirando con preocupación hacia adelante, hacia arriba, donde estaba la explanada principal del castillo de San Felipe del Morro.

—Creo que será mejor que tú no vengas, Julita.

—Yo quiero ver a esa mujer, Rom.

—La verás. Pero luego.

—Si ella es tan bonita, yo…

—No seas niña… —refunfuñó el G-man —. Ni ella ni ninguna otra mujer hará trepidar mi corazón como una locomotora jamás.

—¿Como una qué?

—Locomotora. Julita, quiero que vuelvas abajo. Ve al coche y quédate dentro.

—¿Y Conchita?

—Me parece que a mi lado no lo va a pasar tan bien como tú.

Julita Navarro vio la fría sonrisa del G-man y comprendió perfectamente cuál era la idea de éste respecto a la tal Conchita. Casi sintió un poco de miedo, pero, en definitiva, aquella sonrisa que parecía congelar la sangre no iba destinada a ella, sino a la tal Conchita.

—Ten cuidado, Rom…

Charles la besó ligeramente y luego sonrió de aquel otro modo, tan amable y suave, dándole una palmadita cariñosa.

—Ve al coche.

Julita Navarro inició el regreso. Todavía pudo oír un extraño «clic-clac»,
como de acero resbalando sobre acero. Se volvió, pero ya no pudo ver el final de la maniobra de Rom, que tras deslizar la corredera del arma para asegurarse de su perfecto funcionamiento, subía lentamente hacia lo alto del Morro.

Se metió en el coche, preocupada. Ya ni siquiera veía a Rom. Encendió un cigarrillo, se volvió para expeler el humo por la ventanilla, cuyo cristal estaba bajado…, y quedó helada de miedo al ver allí el rostro de un hombre. Y también una mano, que sostenía una espantosa pistola, grande, enorme.

—Quietecita, señorita Navarro… —musitó el hombre—. Échese para la otra punta del asiento… Eso es… Lejos del claxon. Ahora se estará muy quieta, así… Oh, no, no… Siga fumando, desde luego. Todo muy natural.

—¿Qué… qué quiere…?

—Un pequeño sobre. ¿Lo tiene?

—No… ¡De verdad que no lo tengo!

—¿Lo tiene el yanqui, quizá?

—No lo sé…

El hombre se había colocado en el asiento de atrás. Su mano izquierda asió los largos cabellos negros y dio un tirón brutal, golpeando a Julita de cabeza contra el respaldo del asiento. La pistolita apareció y la punta se apoyó en su delicada garganta.

—Yo creo que sí lo sabe, señorita Navarro. Nos ha costado mucho tiempo y pérdidas todo este asunto, pero eso ya terminó. Ahora yo quiero ese sobre. ¿Lo entiende?

—No… lo tengo…

—Entonces, lo tiene el señor Charles, ¿no es así?

—No lo sé…

La mano dio un fortísimo tirón de los cabellos, obligando a la muchacha a lanzar un alarido de dolor.

—¡Sí lo sabe! ¡Lo sabe muy bien! El agente del FBI llamado Nat Osgood nos estropeó muchas cosas, mató a uno de los nuestros para hacerse con ese sobre, pero nosotros lo encontramos… Y ya no tenía el sobre. Usted estuvo en Miami, se puso en contacto con otro agente del FBI, que es precisamente ese Rom Charles… Mire… Todo

lo que yo quiero es el sobre. Se lo llevo al jefe, y todo termina bien… ¿Quiere saber algo más? Pues bien: tenemos a su hermana, en lugar seguro. Ella no sabe nada, pero usted sí. Hagamos un cambio: la vida de su hermana por ese sobre. ¿Está bien el cambio, señorita Navarro?

—Ya…, ya le digo que no… tengo ese sobre…

—¿Lo tiene ese del FBI?

—Sí… Sí, sí, él… lo tiene…

—De acuerdo. Entonces, no hay que preocuparse. Dentro de poco, lo tendré yo, y todo habrá terminado. Ahora, mientras esperamos a mis amigos, estese quieta y en silencio… ¿Comprendido?

—Es una trampa… —gimió Julita—. ¡Es una trampa contra Rom!

—¿Qué otra cosa esperaba? —rió el hombre—. No se preocupe demasiado; él lo sabe muy bien, y ha acudido a ella. Ya veremos si esa seguridad en sí mismo está… justificada.

—Ésa… mujer llamada Conchita le ha engañado… Quería traerlo aquí para matarlo, para quitarle el sobre…

—Ya no hable más, señorita Navarro. Sólo tenemos que esperar. Siga fumando tranquilamente, y quizá todo acabe bien para usted y su hermana.

Soltó los cabellos de Julita que, inmediatamente, se lanzó hacia el volante, tendidas las manos hacia el aro del claxon, gritando con fuerza el nombre del federal:

—¡Rom, es una…!

¡Clock!

Fue un golpe terrible para la cabecita de Julita Navarro, en lo alto de la cabeza. La muchacha tuvo la sensación, por primera vez en su vida, de que todo el mundo estallaba en millones de luces de todos los colores, que giraban vertiginosamente. Cayó de bruces sobre el volante, sin que sus manos pudieran alzarse para tocar el claxon. Quedó con la cabecita ladeada sobre el volante, cerrados los ojos, suelto el cabello…

En lo alto de su cabeza apareció una mancha oscura, brillante.

El hombre que estaba en el asiento de atrás volvió a asirla por los cabellos y la atrajo rudamente, dejándola en el sitio de antes, como si estuviese cómodamente sentada, recostada más bien.

—Así estarás tranquila… —sonrió—. Y ya verás lo que te pasa. En cuanto esto termine, tú y tu linda hermanita vais a lamentar ser tan bonitas… Y ese federal… está ya camino de su tumba.

CAPÍTULO X

El agente del FBI llegó por fin a lo alto de la explanada almenada del castillo del Morro. No había nadie allí, al parecer. En el cielo, la luna lanzaba sus plateados rayos, reflejo del sol, hacia las aguas. Había en la explanada una mancha brillante, de tono lívido… Una ligera brisa caliente y salobre llegaba del Caribe, por detrás, aquietando las aguas de la bahía de San Juan…

Y de pronto la vio.

Ella estaba apoyada en la muralla dentada, de espaldas a él, que se había acercado tan sigilosamente como para no ser oído por nadie. Conchita Iñigo estaba apoyada de brazos en la muralla, posiblemente contemplando el mar, tan hermoso a la luz lunar. Su silueta rotunda y generosa destacaba de cintura para arriba.

Rom Charles entornó los ojos, para mirar a su alrededor. No se veía a nadie y el silencio sólo era turbado por el rumor del mar, golpeando suavemente el acantilado, a los pies de la muralla del Morro.

Se acercó lentamente a la mulata, siempre preparada la pistola. No hacía el menor ruido, pero resultaba sorprendente que ella permaneciese allí, tan pasiva, inmóvil, como aceptando la fatalidad de su destino. Si llegaba el agente del FBI, bien. Si llegaban a matarla…, ¿qué podía ella hacer?

El
G-man
llegó a pocos pasos de la muchacha, pero sin mirarla. En definitiva, lo más probable era que ella le hubiese tendido una trampa, y él debía moverse con la cautela que imponía ese pensamiento tan lógico. Conchita Iñigo, sin duda, pertenecía al grupo que, hasta entonces, había tenido como base La Tortuga Gigante…

Spencer Charles se acercó a la muralla y se acuclilló allí, siempre mirando a todos lados.

—Conchita —llamó.

Por toda respuesta, el incesante rumor del mar, monótono… Podía resultar sedante en la mayoría de ocasiones, pero en aquélla era enervante, inquietante…

—¡Conchita!

La mulata continuó inmóvil.

Rom Charles se pasó la lengua por los labios y se esforzó en taladrar aquella oscuridad de la cercana torre, el muro… Abajo, el mar continuaba batiendo contra la costa, a los pies de la muralla.

Rom se puso en pie y se acercó más a la mulata. Sabía ya que aquello era una trampa, pero no veía a nadie. Tenía la seguridad de que no había nadie allí. De ser así, ya habrían disparado contra él, con no poca comodidad. No… Allí, al alcance de su vista, sólo estaba la bella mulata de las grandes caderas y los repletos senos color chocolate…

En un instante, Rom Spencer Charles comprendió la verdad. Fue, como en anteriores ocasiones, su intención. Si aquello era una trampa, alguien tenía que estar por allí cerca, además de Conchita. Alguien que sería el encargado de disparar contra él.

Y sólo podía estar en un sitio.

Se acercó a la mulata y la tocó en un hombro.

—Conch…

El cuerpo de ella se ladeó apenas tocarlo. Una de sus piernas se dobló obligando al cuerpo a efectuar un grotesco giro sobre la otra. Conchita Iñigo se volvió hacia el agente del FBI y casi pareció que lo mirase con sus grandes ojos tan abiertos… Pero al instante siguiente se desplomaba hacia él, blanda como una muñeca vieja de trapo y serrín.

Rom la sujetó con un brazo por la cintura, mientras sus ojos se fijaban serenamente en el único punto por donde podía llegarle el ataque por sorpresa.

Y así fue.

La silueta de un hombre apareció, de pronto, en el borde de la muralla, en un equilibrio sorprendente, formando su cuerpo un ángulo agudo con el muro del Morro. La pistola brilló un instante en su mano derecha, tenuemente…

Plop.

Ventaja para el agente del FBI, que esperaba algo parecido. La bala dio en la cabeza del hombre, que apenas pudo lanzar un corto grito antes de desaparecer, hacia abajo, hacia el acantilado… La presencia de otra sombra, más hacia la izquierda, no pasó desapercibida para el G-man, que se volvió hacia allí, velozmente, todavía abrazando el cadáver de Conchita Iñigo…

Oyó claramente los dos ahogados estampidos, vio las cárdenas pinceladas en la oscuridad… y notó los impactos contra el cuerpo de la bella mulata, que se estremeció blandamente, como vibrando…

Plop.

El hombre desapareció, igual que el primero, con un corto chillido de dolor.

Durante unos segundos, Rom Charles permaneció en pie, sujetando aquel cuerpo ya casi frío contra el suyo. Luego, lentamente, se fue inclinando, para depositar en el suelo a Conchita Iñigo. La dejó tendida cara al cielo y vio la gran mancha de sangre sobre su abultado seno izquierdo, que parecía ir a salirse completamente del escotado vestido rojo. Tocó la carne con el dorso de la mano y la encontró todavía tibia.

Luego cerró aquellos grandes ojos espantados, terriblemente abiertos.

—Lo siento, Conchita, pero tú lo…

Alzó vivamente la cabeza, sobresaltado, casi gritando. Oyó el silencioso disparo cuando ya estaba saltando de cualquier modo, alejándose de allí, como si sus piernas hubiesen sido muelles disparados bruscamente…

De nuevo había aparecido el segundo hombre, y la bala, tras rebotar en el suelo, fue hacia la torre y rebotó también allí, con tañido vibrante, de campana.

Para entonces, Rom Charles había disparado nuevamente, y esta vez supo que su disparo era definitivo, por el modo en que el hombre desapareció al otro lado del muro.

Esperó todavía casi medio minuto, mirando a todos lados de la muralla, moviendo su pistola al compás de sus ojos. Allá donde

éstos se posasen, daría la siguiente bala que disparase… Pero no hubo necesidad de disparar ni una sola bala más.

Todo volvió a quedar en calma, en silencio, matizado únicamente por el inevitable rumor del mar. Por fin, el agente del FBI se puso en pie y fue hacia la muralla, asomándose muy lentamente, con lógicas precauciones.

Y entonces lo comprendió todo… Lo acabó de comprender todo, tras ver la cuerda que rodeaba uno de los pilares rectangulares de la muralla. Allí, colgando, había un hombre. Un poco más allá, otro. Los dos igual, como tétricos trofeos. Las cuerdas habían sido colocadas de modo que rodeaban la base de dos de los pilares. Y de cada una de ellas se había suspendido uno de los hombres, con la cuerda bien sujeta a su cintura. Debían haber estado esperando con los pies apoyados en la parte exterior del muro, bien sujetos por la cintura… Era el último lugar desde el cual se pudiera esperar un ataque: el lado de la muralla que daba al acantilado, al mar…

Pero ahora, ambos colgaban trágicamente, con la cuerda atada a su cintura, goteando sangre hacia el acantilado.

Rom Charles se pasó una mano por la frente. La notó fría y, al mismo tiempo, sudorosa. Sentía una profunda angustia, una gran congoja. Realmente, matar no era agradable, pero en aquel desorbitado y extraño asunto no había tenido más remedio que ir apretando el gatillo. No era su costumbre, pero…

Se volvió, para mirar el cadáver de Conchita. Luego miró hacia la rampa que llevaba abajo, a los pies del Morro por la parte de la ciudad. Y sintió frío súbito, extraño, intenso.

¿Dos?

¿Dos hombres?

¿Quién le aseguraba que no había más? Cualquier enemigo inteligente prevé siempre la posible escapatoria del otro. Por tanto, hay que cortar esa salida de escape. Si lo pensaba con todo razonamiento sensato, con toda lógica, abajo debía haber otros dos hombres, quizá tres. Lo habían metido en un cepo indestructible… ¿Por qué arriesgarse a que pudiera salir de él?

Se asomó por la muralla y se escalofrió al ver la altura. Si saltaba por allí, se rompería las dos piernas, como mínimo. Eso, en las actuales circunstancias, era como estar muerto. Casi como suicidarse…

Se quedó mirando al más cercano de los colgantes cadáveres y, de pronto, comenzó a tirar hacia arriba de la cuerda que lo sujetaba… En pocos segundos, el hombre estuvo en lo alto del muro. Lo desató, lo dejó caer en la explanada y calculó la longitud de la cuerda. Luego, sin vacilar, la dejó caer hacia el lado exterior de la muralla, saltó sobre ésta, sujetó la cuerda y se dejó caer al vacío, soportando perfectamente el esperado tirón. Se fue deslizando ágilmente, sin la menor fatiga o contratiempo. Cuando la cuerda terminó, apenas quedaban cinco pies hasta el acantilado, que poco más allá parecía cortado a pico. Si resbalaba al caer, si perdía el equilibrio…

Soltó las manos, cayó sobre las puntas de los pies y forzó el impulso hacia adelante. Su cabeza dio contra la muralla, pero quedó allí, respirando profundamente, despacio… Por encima de él se balanceaba apenas el cadáver de uno de sus enemigos, de uno de sus presuntos asesinos.

Recorrió fácilmente el terreno, por la base de la muralla, hasta llegar a un trozo más ancho. Luego seguía otro estrechísimo, que tuvo que recorrer con las máximas precauciones. Finalmente, un trozo muy amplio, de espeso césped, que se inclinaba suavemente hacia el mar, hacia el acantilado. A su derecha, encima, tenía la muralla, que fue siguiendo durante poco más de medio minuto. Luego, el terreno firme y seguro, a los pies del Morro, por la parte interior.

Un minuto más tarde veía el «Dodge», allá donde lo había dejado, silencioso, apenas brillando a la luz de la luna, debido a la capa de polvo que había ido acumulando en su viaje de ida y vuelta a Dorado Beach.

De nuevo sacó la pistola y se fue acercando precavidamente al coche, hasta situarse de lado con respecto a él, entre unas matas, a menos de veinte yardas. Dentro del coche parecía que la luz de la luna hacía extraños juegos, recogiendo allí una claridad lívida, plateada.

Y allí estaba Julita, sentada en su asiento, inmóvil… Tan inmóvil que el agente del FBI tuvo la impresión de que una fina aguja helada iba penetrando lentamente en su corazón. Ella tenía la cabeza apoyada en el respaldo del asiento… ¿Se había dormido? Aquello le pareció tan absurdo que otra vez sintió el frío en su cuerpo, como

agarrotándolo.

Durante cinco minutos angustiosos permaneció allí, casi sin respirar, fija la mirada en el coche, desviándola sólo de cuando en cuando, brevemente, para observar a su alrededor. Finalmente, el movimiento que esperaba, algo, una señal de vida, llegó del interior del coche, del asiento de atrás. Un brillo sobre ropas, sobre una mano quizá.

Eso fue todo. Y suficiente.

Rom Charles volvió atrás, hasta quedar a la zaga del coche. Entonces se tiró de bruces al suelo y comenzó a reptar hacia allí, pistola en mano, hasta llegar junto a las ruedas traseras. Se puso de rodillas y avanzó así hasta la portezuela delantera izquierda, en la parte del volante. Allá estuvo inmóvil casi un minuto, oyendo dentro del coche dos respiraciones. Una de ellas, suave, delicada, era la de Julita. La otra, en el asiento de atrás, era de un hombre, que esperaba ya con gran impaciencia.

El
G-man
se puso en pie, de pronto, completamente tenso, y metió la mano por el hueco de la ventanilla, apuntando al asiento de atrás. Dentro se oyó claramente, con fuerza, el súbito respingo de un hombre, la exclamación, casi un grito…

Plop, plop, plop…

El grito recién empezado se truncó. Se oyó un profundo estertor ronco, quebrado, una última aspiración de aire… Rom Charles abrió la puerta de atrás y se quedó mirando, pistola por delante, al hombre que parecía clavado en el asiento, con la mancha de sangre en pleno pecho, brillando, viscosa.

Tenía los ojos abiertos, la boca torcida, las manos crispadas. En una de ellas todavía estaba la pistola.

Charles pasó al asiento de delante y atrajo hacia sí a Julita, casi temblando sus manos.

—Dios…

La abrazó completamente, con fuerza, angustiado. Comenzaba a sentirse francamente mal, disgustado… Se estaba llamando a sí mismo poco menos que asesino, pero realmente…, ¿le habían dejado elegir?

Estaba acariciando la cabeza de Julita y su mano se llenó de

sangre, de pronto. Se mordió los labios para contener el grito. ¿Se había equivocado? ¿Le había parecido que el corazón latía, pero…?

No. No se había equivocado. Latía, cada vez más acompasadamente, normal, vigoroso. Se encontró sudando copiosamente, de pronto, y durante unos segundos no supo qué hacer. Luego abrió el capó del coche y encontró allá, en efecto, el pequeño botiquín de emergencia. Lo sacó, abrió la puerta del lado donde estaba Julita… y su mirada se desvió hacia el hombre que yacía en el asiento de atrás, repantigado, como si se hallase disfrutando de gran comodidad.

Lo cogió de un pie y tiró de él rudamente, casi furioso… En pocos segundos, lo metió en el portamaletas y bajó la tapa, con seco golpe. Miró hacia arriba, donde habían quedado los cadáveres de los otros dos, y de Conchita, pero acabó encogiendo los hombros.

Lo primero era lo primero, siempre.

Y lo primero, siempre, era su amor de Puerto Rico.

CAPÍTULO XI

Julita abrió los ojos, lentamente, con un parpadeo torpe, indeciso; se quedó mirando el cristal parabrisas del coche, inexpresivamente, durante unos segundos. De pronto, se irguió volviendo la cabeza y empezando a gritar:

—¡Rom, hay un…!

Lanzó un chillido cuando aquellos brazos la rodearon, pero una boca cayó sobre la suya, apretándola, aprisionándola…, y ella la reconoció en el acto. Sus manitas se crisparon en el pecho del hombre de Miami y separó la boca enseguida, crispada.

—¡Rom, un hombre…!

—Lo sé. Cálmate. Eso ya está arreglado.

—Estás aquí… ¿Qué…? —Se volvió, miró al asiento de atrás y suspiró profundamente—. No está… ¡Se ha ido!

—Eso es —sonrió el G-man—; se ha ido.

—Pero estaba… El apareció, con una pistola… Quise avisarte y me…, me golpeó, creo…

—Imagino muy bien todo lo que ha ocurrido, Julita. No hace falta que te esfuerces en darme explicaciones.

Ella se apoyó en el pecho de Rom, pero de pronto se enderezó, alterada.

—¡Rom! ¡Tienen a Margarita, ese hombre lo dijo! ¡Dijo…! ¡Oh, dijo cosas espantosas!

—¿Dijo dónde tenían a tu hermana?

—No… No lo dijo. Parecía seguro de que ibas a…, a morir… ¿Y Conchita…?

—Se ha ido también… —Evadió Rom—. Parece que todo el

mundo tiene ganas de… irse.

—¿Dónde…? Oh, estamos en la calle Santa Elena…

—Ajá. Allá arriba está el Morro. Preferí levantar el campo de allá. ¿Estás bien?

—Sí. Me duele la cabeza…

—Eso quiere decir que eres una chica normal… —sonrió Rom—. He estado pensando una cosa, Julita… ¿Estás segura de que viste en el Miami International Airport al hombre que en Miami quiso matarme con el cuchillo?

—Oh, sí. Rom, seguro… ¡Sí!

—Bien… —El federal miró críticamente su reloj—. Según parece, no vamos a tener más remedio que volver al aeropuerto de San Juan, muñequita. Aunque bien pensado, puedo pasar por la Delegación y dejarte…

—¡No! ¡No, Rom! Quiero ir contigo, estar contigo… Rom, te lo suplico, no me dejes…

—Allí estarías más segura, Julita.

—Yo…, yo tengo miedo de que haya allí alguien, esperando por si me ven llegar, o a ti… Rom, no te apartes de mí, por favor…

—Hum…

Charles quedó pensativo. La idea de llevar a Julita a la Delegación era francamente buena, pero… ¿Por qué no? Siempre cabía aquella peligrosa posibilidad de que alguien estuviese vigilando allí, dispuesto a matar. También era buena la idea de avisar al inspector Carranza respecto a su hipótesis del aeropuerto, pero asimismo tenía un inconveniente: si le decía sus proyectos a Carranza, éste saldría a toda marcha hacia el aeropuerto. Sin duda, él y algunos de los agentes eran bien conocidos en San Juan. Entonces, si lo veían en el aeropuerto, las cosas se… precipitarían de un modo poco conveniente.

Había estado luchando a solas en aquel asunto, hasta el momento. ¿Por qué no seguir así? Era el riesgo de su vida contra la probabilidad de salvar a Margarita Navarro, de saber dónde se escondía el tal Avelino Chávez y sus hombres, y qué significaban aquellos papeles con barquitos… Y de vengar completamente a su amigo Nat.

—De acuerdo. Nos vamos los dos al aeropuerto.

CAPÍTULO XII

En el aeropuerto, todo estaba de nuevo en calma, como si nada hubiera ocurrido. Los policías de servicio habían sido cambiados, sin duda para hacer los pertinentes atestados sobre el suceso anterior. Rom Charles estuvo vacilando unos segundos antes de decidirse a salir del coche. Y entonces lo hizo llevando a Julita con él, hacia una de las cabinas apartadas de la sala de espera.

—¿Tienes monedas?

—Sí… Sí, sí…

—Muy bien. Vas a llamar al aeropuerto y…

—Pero, Rom…, ¡estamos en el aeropuerto!

—Lo sé, muñequita. Pero tú vas a llamar al Servicio de Información del aeropuerto y preguntarás a qué hora llega el próximo vuelo procedente de Miami. Asegúrate de que ese vuelo es el siguiente al 89… ¿Lo has entendido?

—¿Crees que aquel hombre vendrá en ese vuelo? Rom besó la naricita de la muchacha, sonriendo.

—Eso es exactamente lo que creo. Y también creo que ese hombre es nuestra única pista para encontrar a Avelino Chávez y, por tanto, a tu hermana. ¿Tú lo entiendes todo bien, Julita?

—Sí, Rom.

—Pues pregunta eso.

—Sí, Rom.

La muchacha entró en la cabina, introdujo unas monedas en el aparato, marcó un número… Salió apenas un minuto más tarde, muy abiertos los ojos, como asustada.

—Es…, es el vuelo 212, Rom, y llegará…, llegará dentro de diez minutos.

—¿No es formidable? —sonrió secamente Charles—. Hasta

tenemos tiempo de fumamos tranquilamente un cigarrillo. Vamos al coche.

Se acomodaron en el «Dodge», Rom encendió dos cigarrillos y tendió uno a la muchacha, que se quedó mirándolo fijamente, de aquel modo tan peculiar, intenso, luminoso, dulce…

—Rom —musitó—; yo te quiero.

—¡No! —exclamó el
G-man
—. ¡No empecemos, Julita!

—Pero, Rom…

Charles la abrazó de pronto y la besó en la boca, profundamente. La apartó, con precipitación, y alzó una mano, como pidiendo paz.

—Eso es todo, por ahora, muñequita. Si seguimos adelante, las cosas irán mal. ¿Quieres saber una cosa? Si mi cabeza se convierte en una olla llena de tomillos sueltos, jamás rescataremos a Margarita.

—Rom, ¿lo harás? ¿Lo harás, Rom?

—Vaya que sí. Y ahora, hazme un favor, ¿quieres? Mientras fumamos y esperamos, colócate en la otra punta del asiento… ¡Y no me mires! Mira solamente hacia la salida del aeropuerto, a ver si vemos salir al tipo de Miami… ¿Okay?

—Sí, Rom —sonrió ella.

CAPÍTULO XIII

—Rom…

—Yo también le he visto… —Sonó duramente la voz del federal —. Tranquila, muñequita. Ese hombre, por sí mismo, no vale un pito. Veamos qué es de su vida, ahora que ha llegado a Puerto Rico.

—¿Lo vas a seguir?

—Exactamente. Es una táctica tonta, pero inteligente en ocasiones. Míralo… Tan tranquilo, el muy fantoche… Seguro que está convencido de que te atraparon al llegar aquí…

—Rom, un coche se acerca a…

—Sssstt… Mis ojos funcionan perfectamente, Julita. Bien… Ahí tenemos a sus amigos… ¿Te das cuenta? Todo el mundo es bienvenido a San Juan de Puerto Rico… Es feo el condenado… Ajáaaa… Sube al coche, el coche se va… Y nosotros detrás.

El tipo que había pretendido acuchillar a Rom en Miami, efectivamente, acababa de subir a un coche que le había salido al encuentro. Al volante iba un hombre y otro detrás. Tres hombres en total… Ya debían quedar muy pocos de las huestes del tal Avelino Chávez, o de quienquiera que fuese el jefe de aquel grupo cuyos propósitos estaban ligados a aquellos extraños dibujos de barquitos que llevaban el nombre de
AKAK-398,
y que, entre otras muertes, había costado la de Nathaniel Osgood, agente del FBI.

¿Por qué habían matado ellos mismos a Conchita Iñigo, la bella mulata? Obviamente, porque no confiaban en su entereza si llegaba a caer en manos del FBI. La habían utilizado para tenderle una trampa a él, a fin de poder arrebatarle los dibujos de barquitos. Y por si acaso, la habían matado. Era un estorbo, un componente

blando de la banda, fácil de «trabajar» por el FBI. Por tanto, fuera, muerta, eliminada. Así de sencillo. Había tenido una buena idea al decirle a la mulata su nombre y darle la dirección suya en San Juan. Gracias a eso, si bien de un modo peligroso, se había producido el contacto esperado. En realidad, al darle su dirección a la mulata, Rom Charles sabía que se constituía en un apetitoso, tentador cebo. Y los peces habían picado… Lástima que ninguno de ellos hubiera podido colaborar en la localización del paradero de Avelino Chávez.

Pero allá tenía al microbio de Miami, confortablemente instalado en un coche que, por supuesto, no lo llevaría a La Tortuga Gigante, sino a… ¿Adónde? ¿Era descabellado suponer que aquel coche se dirigiría al escondrijo de aquel grupo relacionado con los dibujitos de nombre
AKAK-398?

—Estamos llegando a San Juan, Rom.

—Tranquila. ¿Acaso crees que van a despistarme?

—No sé…

—Pues yo sí lo sé; no me despistarán. ¡Estaría bueno…!

Poco después, el coche perseguido pasaba a la isla donde se asentaba la vieja San Juan, por uno de los puentes que la unían a la parte de la urbe sita en la bahía. En pocos minutos, enfilaron la calle Covadonga, bajaron hacia los muelles por
O'Donnell,
tomaron Marginal, que luego era Comercio…

Entonces se detuvo el coche, muy cerca del largo embarcadero donde tenían su base las lanchas que hacían servicio regular para pasajeros.

Casi cien yardas más atrás, el «Dodge» color granate se detuvo también, con silencioso frenazo. Siempre mirando hacia el otro coche, el
G-man
extrajo el cargador de su pistola y colocó otro, completamente lleno. Lo encajó en la culata con seco golpe, y guardó el arma en la sobaquera. Julita lo miraba con expresión encandilada, y el
G-man
le dio un pellizquito en la barbilla.

—Hola. ¿Qué tal? —sonrió.

—¿Vas…, vas a…, a…?

—Seguramente. Todo depende de las circunstancias. Te aseguro, Julita, que me siento deprimido, pero… es como echar insecticida en una plantación, ¿comprendes? Mueren muchos bichos, pero… son solamente eso: bichos. Y los bichos lo estropean todo, en perjuicio de las personas que todo lo esperan de esa plantación… Estoy seguro de que me entiendes.

—Sí… Sí, Rom.

Éste dio una palmadita en una rodilla de la muchacha y fijó de nuevo su atención en el coche perseguido. Los tres hombres se habían apeado ya de él, y se dirigían hacia las casas y almacenes que había frente a los embarcaderos: oficinas, almacenes, depósitos…

Entraron por una gran puerta de uno de los almacenes. La puerta se cerró tras ellos.

—Bien… Ahí los tenemos.

—¿Crees que Margarita estará ahí, Rom?

—Es posible. Veamos…

Charles se inclinó mucho hacia adelante, para mirar por la ventanilla del lado de Julita. Vio la cabina de teléfono público, sonrió, y cuando iba a incorporarse en el asiento, se dio cuenta de que tenía las rodillas de la muchacha a media pulgada de la nariz. Abrió mucho los ojos, las besó y se incorporó por fin.

—Te quiero, Rom.

—Esto… Ejem… ¿Ves aquella cabina de teléfono?

—Sí.

—Bueno. ¿Tú sabes dónde estamos exactamente?

—Sí, sí…

—Estupendo, Ahora te vas a esa cabina… ¿Sabes el número de la Delegación del FBI?

—Claro. Margarita llamaba algunas veces a Nat…

—Por supuesto… Okay, pues te vas a esa cabina, llamas a la Delegación, pides por el inspector Carranza de parte de Julita y de Rom Charles, y le das esa dirección… La del almacén donde han entrado esos hombres, se entiende. Contestas sus preguntas, en el supuesto de que te haga muchas, cosa que dudo, y luego te vas.

—Me…, me voy… ¿Adónde?

—Hijita, no sé… A casa de tu amiga. Adonde sea, pero lejos de estos lugares, eso sí.

—Pero, Rom, tú dijiste…

—Es de sabios cambiar de opinión. Y yo soy un tipo muy sabio… De manera que una vez hecha esa llamada, te vas bien lejos. Yo… no quisiera que ésta fuese nuestra primera discusión, Julita.

—Sí, Rom. Me iré.

—Muy lejos de aquí.

—Muy lejos. Rom.

El G-man dejó de sonreír. Su mano derecha pasó por la nuca de Julita, y la atrajo, lentamente. Estuvo unos segundos mirando aquellos enormes ojos negros, antes de inclinarse hacia la sonrosada boca de labios alargados y llenitos. Notó las manos de Julita en sus mejillas, el palpitar del corazón de la muchacha… La apartó, lentamente, como si sus labios hubiesen quedado adheridos.

—Adiós, Julita.

—Rom…

—Adiós.

—Adiós, Rom.

Salieron casi a la vez del coche, ella en dirección a la cabina y él en dirección al almacén. Cuando se volvió, ya ante la gran puerta doble, Julita estaba echando unas monedas en el aparato…

Sacó la pistola y metió la mano con ella en un bolsillo de la chaqueta. Luego empujó levemente una de las puertas, que cedió con leve chirrido. Frunció el ceño y la empujó más, apartándose. Pero nada sucedió. Dentro, sólo había oscuridad. Tras él, en los embarcaderos, se notaba bullir de gente, ruido de motores de lanchas… Había bastantes personas por allí, pasando a muy escasa distancia de él…

Empujó la puerta, hasta que tuvo espacio para pasar. Pero esperó todavía unos segundos. Y nada sucedió, tampoco. De pronto entró en el almacén y sacó la pistola. Por encima suyo, y a su espalda quedaron las altas ventanas que daban a los embarcaderos, dejando pasar barras de luz plateada, mezclada con el lívido tono azulado de la iluminación de la avenida del Comercio.

Dio unos cuantos pasos hacia el fondo. Estaba seguro de haber oído algo allí, frente a él.

De pronto, la puerta se cerró tras él. Y antes aún de que tuviese tiempo de volverse, la luz se hizo en el almacén. Una luz pobre, de dos bombillas sucias suspendidas del techo por un simple hilo conductor.

Los grises ojos del G-man giraron velozmente a todos lados, moviendo la pistola, mientras retrocedía hasta que su espalda quedó tocando la puerta. Con la mano izquierda tanteó tras él, en busca del pestillo…

—Es inútil, señor Charles: está cerrada por fuera… —La voz sonaba al fondo, detrás de una gran pila de cajas—. ¿Quiere ser tan amable de soltar su pistola? Si no lo hace antes de tres segundos, vamos a acribillarlo. Uno, d…

Rom Spencer Charles dejó caer su pistola, hosco el gesto. Sabía muy bien que no siempre se gana.

—Perfecto, señor Charles. Ahora, camine hacia delante, alejándose de su pistola. Tenga presente en todo momento que podemos acribillarlo en un instante.

Continuó caminando hacia delante. Un hombre salió a su derecha, de detrás de una pila de sacos de café. Fue hacia la pistola, la recogió y la alzó, mostrándola hacia el fondo. Dos hombres más aparecieron entonces, pistola en mano. Uno de ellos era pequeñito, vulgar El otro era gordo, de ojos diminutos, gran cabellera y bigote con guías altaneras. Iba bien vestido, impecable.

—Por fin nos vemos, señor Charles… —dijo el gordo.

—¿Avelino Chávez? —musitó el G-man.

—En efecto. Quiero ser sincero con usted, señor Charles: si no me da antes de diez segundos ese sobre, lo mataré yo mismo, ahora, con mucho gusto. ¿Quizá piensa decir que no tiene el sobre?

—Lo tengo.

—¿Lo lleva encima?

—Sí.

—Bien. ¿Va a entregármelo? Por las buenas, quiero decir.

—Se lo entregaré, Chávez.

—Eso es una actitud inteligente. Siga caminando… Pasaremos atrás, donde hay mejores condiciones que aquí para una charla… aclaratoria. Aunque, realmente, creo que ninguno de los dos la

precisamos.

—Yo sí. ¿Qué es eso de
AKAK-398?

Avelino Chávez sonrió fríamente, sin la menor emoción o expresión. Señaló con la pistola hacia el fondo del almacén, por el pasillo que dejaban las altas pilas de cajas.

—Siga caminando…

Recorrieron un pasillo, algunas dependencias con cajas, sacos y grandes fardos almacenados. Luego, otro pasillo, más estrecho, más limpio, mejor iluminado. Subieron un tramo de escalones de madera, llegaron a un descansillo muy amplio, y Avelino Chávez señaló una puerta de las que daban allí. Uno de sus hombres se apresuró a abrirla y Chávez señaló el interior del cuarto a Charles, que entró cachazudamente…

Un cuarto bastante grande, con pocos muebles, no demasiado limpio. Unas pocas sillas, una mesa vieja, cuadros baratos… En un rincón, atada a una silla, una muchacha, con la boca sellada por una ancha tira de esparadrapo. Tenía los ojos muy negros, muy grandes… Los fijó en el agente del FBI, asustada. Pero, en general, su expresión era mortecina, casi desfallecida. Estaba pálida, desencajado el rostro. Tenía señales de golpes en la cara, en los brazos, en el escote…, sus ropas habían sido desgarradas en muy buena parte. Parecía al borde del desfallecimiento.

—Hola, Margarita —musitó Rom.

Ella abrió aún más los ojos y pareció reanimarse unos segundos. Pero su animación quedó completamente aniquilada cuando Chávez y sus hombres aparecieron, pistola en mano, detrás del
G-man.

—Ella es, ciertamente —dijo Chávez—, la hermana de Julia Navarro. La cual, dicho sea de paso, nos ha fastidiado notablemente, señor Charles.

—No se lo tenga en cuenta —intentó sonreír Rom—, es muy joven todavía, no tiene malicia…

Avelino Chávez sonrió ampliamente.

—Es de admirar su sentido del humor. ¿Me entrega ese pequeño sobre que el federal Osgood arrebató a uno de mis hombres?

—Supongamos… que me niego.

Chávez lo miró realmente sorprendido.

—Oh, vamos, señor Charles… No sea estúpido en sus últimos minutos. Si usted se niega, lo mato, eso es todo. Y luego le quitó el sobre.

—Quizá lo manche de sangre —sugirió Rom roncamente.

—Sí… Es una posibilidad… —admitió Chávez—. Pero ese papel es especial, lavable. Lo más molesto sería agujerear esos seis papelitos. El hombre que los dibujó está ya en… Muy lejos, en Europa. Cobró su parte y se fue. ¿El sobre, señor Charles?

Rom llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta, bajo las atentas miradas de los tres hombres. No llevaba ninguna otra arma, pero aunque así hubiera sido, pretender recurrir a ella habría sido mortal, en aquellas circunstancias.

Estaba a punto de sacar el sobre cuando se oyó ruido de pasos en la escalera de madera, muy cerca. Chávez miró a uno de sus hombres y señaló afuera.

—Ve a ver, Riquelme. Deben ser ellos, pero…

El llamado Riquelme salió del cuarto, pero regresó enseguida. Tras él entró, muy pálida, Julita Navarro, seguida de otros dos hombres.

—Rom, yo… Ellos… ¡Margarita!

Julita corrió hacia su hermana, llorando, y se abrazó a ella. Margarita también se puso a llorar, no sin dificultades, debido al esparadrapo que sellaba su boca…

—Una tierna escena… —comentó indiferente Avelino Chávez—. Pero muy convincente, ¿no es cierto, señor Charles?

—Estaba en la cabina del teléfono… —explicó uno de los recién llegados—. La sacamos de allí a la fuerza, señor Chávez.

—¿Pero va había telefoneado?

—Ella dice que no. Y parece que no, desde luego. Se resistió y tuve que darle un golpe en el vientre.

—Bien hecho, Lerma. Bien, señor Charles, no quiero insistir más: ¿me entrega usted ese sobre?

CAPÍTULO XIV

Riquelme había ido a otro despacho a buscar una pantalla de mesa. La enchufó, la dejó sobre la sucia mesa, y Avelino Chávez fue hacia allá, con el sobre en una mano, tenso el rostro. Sacó los seis finos papeles con aquellos dibujos de barquitos, y los fue examinando uno a uno, atentamente, colocándolos al trasluz de la pantalla recién traída. Cuando los hubo examinado todos, los guardó cuidadosamente en el sobre, y éste dentro de un bolsillo interior de su chaqueta.

Entonces se volvió hacia las hermanas Navarro, junto a las cuales estaba ya Rom Charles, que se había dedicado, con la máxima delicadeza posible, a quitar el esparadrapo de la boca de Margarita. Ahora, la muchacha aún se veía más pálida y ojerosa. Estaba bien claro que durante aquellos días había comido y bebido absolutamente lo imprescindible para no morir de hambre.

El agente del FBI miró duramente a Chávez.

—Una gran hazaña. Chávez.

—Ha sido muy lamentable, lo admito. Pero la señorita Navarro se negó a colaborar.

—¿Colaborar?, ¿con qué podía colaborar ella?

—Estábamos convencidos de que sabía dónde se escondía su hermana, y no quiso decirlo.

—No podía decirlo, puesto que no lo sabía. Avelino Chávez encogió los hombros.

—Es posible que no lo supiese. Lo cierto es que tuvimos que valernos por nosotros mismos para localizar a Julita Navarro, y eso… nos irritó un poco.

—Está bien… ¿Y ahora?

—Ahora tenemos que hacer un viaje por mar. Debo entregar este

sobre, señor Charles.

—¿A quién?

Chávez sonrió, de muy buen humor, al parecer.

—Por favor, señor Charles. Un… elemento de su categoría no debería hacer preguntas tan tontas.

—¿También es una pregunta tonta solicitar que me diga qué son esos dibujos?

—También es tonta, por supuesto. No pienso… —Hasta aquel cuarto llegó, amortiguado, el timbre de un teléfono y Chávez señaló la puerta, mirando al tipo de Miami—. Ve a ver quién es, Boleda.

—Sí, señor.

Boleda salió de aquel cuarto y todos quedaron en silencio, alertas, cada uno por motivos diferentes. Chávez y los suyos, Vigilando cualquier posible reacción de aquel agente del FBI que había demostrado ser verdaderamente peligroso. Y el
G-man
esperando una oportunidad… que no llegó.

Oyeron de pronto los pasos precipitados de Boleda, que apareció en la puerta con los ojos desorbitados, lívido.

—¡El FBI! —aulló—. ¡Fernández dice que han salido de la Delegación no menos de doce hombres, en tres coches!

El rostro grasiento de Avelino Chávez se demudó, quedó de un color de paja. Sus ojillos astutos parecieron saltar hacia Julita Navarro.

—Los avisó… —masculló—. ¡Esta perra tuvo tiempo de avisar al FBI por teléfono! ¡La voy a…!

Se lanzó contra ella, temblando de furia su grueso corpachón. Alzó una mano y la descargó violentamente hacia el rostro de Julita… Sólo que la mano de Chávez no llegó allí. La izquierda del
G-man
la detuvo en seco y su derecha se hundió sordamente en el voluminoso vientre de Chávez, que lanzó un gemido y cayó de rodillas, casi desvanecido por el tremendo puñetazo del gigante rubio del FBI.

El cual va no se detuvo, quizá recordando aquello que dice algo así: cuando empieces una cosa, acábala; si no estás dispuesto a terminarla, no la empieces…

El primero en pagar la enseñanza sabía de este proverbio fue

precisamente Lerma, el que había golpeado a Julita en el vientre para sacarla de la cabina de teléfonos. Y lo pagó muy caro. El siguiente puñetazo de Rom Charles, con la izquierda, le pilló de lleno la nariz, que crujió de modo escalofriante y pareció hundirse en aquel rostro moreno y torvo, salpicando sangre a todos lados. Lerma salió volando hacia la pared, chocó allí de espaldas y rebotó fuertemente, para caer de bruces.

Boleda tenía la pistola en la mano, pero Chávez, todavía de rodillas, gritó, entrecortadamente:

—¡No! ¡Ahora, no, Boleda! ¡Quiero…!

Recibió un puntapié en la boca que lo tiró de espaldas, partidos los labios.

—¡Quieto! —exclamó Riquelme—. ¡Quieto o las mato!

Rom Charles se detuvo en seco, volviéndose hacia donde había sonado la voz. Riquelme y el otro que hacía pareja con él se habían colocado detrás de las hermanas Navarro, sujetando cada uno a una de ellas por los cabellos, metiendo las respectivas pistolas en las nucas de las muchachas.

El agente del FBI aspiró hondo y se relajó. Lerma se estaba levantando, chorreando sangre. Boleda estaba ayudando a Avelino Chávez, que también chorreaba sangre por los partidos labios. Cuando estuvo en pie, se quedó mirando malignamente a Rom, que parecía ahora un simpático muchacho bueno y manso como un angelito.

—¡Lo va a pagar! ¡Lo va a pagar muy caro! —Escupió Chávez—. ¡Dale fuerte, Sánchez! Rom quiso ladearse, pero Sánchez había soltado ya a Margarita, y su pistola estaba camino de la cabeza del G-man, que recibió el fuerte trastazo en la coronilla. Dio un par de pasos hacia delante, tambaleándose, y Sánchez lo siguió, golpeándole de nuevo, derribándolo de rodillas, delante de Avelino Chávez, que rugió de placer mientras propinaba un espantoso punterazo al estómago de Rom, que palideció intensamente y cayó de bruces. Chávez se lanzó contra él, a puntapiés, como si hubiera perdido la razón.

—¡Rom…! —gimió Julita—. ¡Rom, amor mío…!

Se desasió de un tirón de la presa que Riquelme ejercía en sus largos cabellos y se abalanzó contra Avelino Chávez como una fiera,

relucientes los ojos… Fue un ataque tan de sorpresa que cuando Chávez quiso darse cuenta, las uñas de Julita habían rasgado ya profundamente sus mejillas, en un doble zarpazo de furia desquiciada. El alarido de Chávez sobresaltó a sus hombres, pero no les dio tiempo a intervenir: golpeó a la muchacha en el vientre, y cuando ella, angustiada, se inclinaba hacia adelante, la derribó de una tremenda bofetada que casi colocó la cabeza de la muchacha cara a la espalda.

Rom Charles, lívido, se estaba incorporando penosamente, pero Chávez arremetió de nuevo contra él, golpeándole con los pies en el vientre, en el pecho, en los riñones…

—Señor Chávez… —Casi gritó Boleda—. ¡El FBI debe estar en camino hacia el almacén! Avelino Chávez se detuvo de pronto, sudando, jadeando, descompuesto el rostro.

—Sí… Así debe ser… Nos vamos a ir enseguida. Tú, Riquelme, te ocupas de una, y tú, Sánchez, de otra. Boleda, Lerma y yo nos encargaremos del señor Charles.

—¿Los matamos ahora?

—No… Los vamos a llevar a la lancha vieja. Vosotros dos os llevaréis a Charles y a las dos chicas, a la fosa de Puerto Rico. Quiero que los tiréis vivos al fondo, bien lastrados y atados, para que se vayan dando cuenta con desesperación de que están muriendo de un modo horrible… ¿Está entendido?

—Sí, señor Chávez.

—Yo iré con la lancha grande a entregar el sobre a Cerro Gordo, según lo convenido…, y ya no regresaré a San Juan.

—¿Y nuestra parte?

—Nos veremos dentro de una semana en La Habana. Cuando hayáis tirado a la fosa a estos tres, volvéis al embarcadero, con mucho cuidado, y recogéis a Fernández, que seguramente estará esperando. Pero mucho cuidado con los del FBI. Y dentro de una semana, en La Habana, en el Balalaika. ¿Entendido?

—Sí, entendido, sí…

—Pues en marcha… Un momento… —Se inclinó sobre Charles y lo cogió furiosamente por la camisa—. Usted quería saber qué son estos dibujos, ¿no es cierto, Charles? Pues voy a decírselo, ya que precisamente esta noche los entregaré y cobraré por ellos. Nos ha tenido usted pendientes de ellos hasta el último minuto, pero… los

tenemos. Quinientos mil dólares, Charles. Y ahora, escuche lo que significan estos papeles: dentro de pocos días, una flota de la U. S. Navy tiene proyectado efectuar unas maniobras de desembarco en costa rocosa. Lo harán en la parte norte de Puerto Rico. En esas maniobras conjuntas navales y terrestres intervienen treinta navíos en total. Pues bien: sólo catorce de ellos, probablemente, regresarán a su base en Estados Unidos. Alguien de allá nos envió el esquema de las maniobras; y alguien que vino expresamente de Europa, planeó el sabotaje de los máximos navíos posibles. Usted no ha entendido los papelitos, Charles, pero sí los entenderán las personas que me pagan por ellos quinientos mil dólares… ¿Lo ha entendido bien? ¿Se ha enterado de todo, «señor» Charles?

Rom Spencer Charles lo había entendido todo perfectamente y no podía estar más pálido.

—Señor Chávez… —Se impacientó Riquelme.

—Sí, nos vamos… Ponedlo en pie. Y soltad a ésa.

Ayudaron a Rom a ponerse en pie y soltaron a Margarita, que tuvo que ser ayudada por su hermana para sostenerse en pie, después de varios días atada de pies y brazos a una silla. También Rom Charles se tambaleaba, pero le hizo una seña a Julita para que se quedase con su hermana; por la cabeza del G-man, hacia la nuca, resbalaba la sangre, debido al segundo golpe, que había abierto una brecha en el cuero cabelludo.

—En marcha… —dijo Chávez—. ¿O no podrá caminar, «señor» Charles? Le advierto que deberá caminar ahora con toda naturalidad por el embarcadero, hacia la lancha. Piénselo bien: mientras camine, podrá seguir vivo… Y unos minutos son unos minutos, ¿no es cierto? —Chávez acabó de limpiarse la sangre de la boca, mientras Lerma hacía lo mismo con su nariz reventada—. Limpiadle la sangre con un trozo de saco y ponedle uno de esos sombreros de paja de los estibadores… Afuera hay muchos. Y vámonos de una vez.

Recorrieron el camino a la inversa, para salir del almacén. A Charles, en efecto, le limpiaron la sangre con un saco vacío de café y le pusieron un sombrero de paja que le venía ridículamente grande, pero muy apto para tapar la herida, los cabellos empapados

en sangre.

—Ve a ver, Riquelme. No han tenido tiempo de llegar, pero…

Riquelme abrió la puerta, mientras los demás esperaban en la oscuridad del almacén. Estuvo mirando unos segundos, antes de hacer una seña.

—Creo que no hay peligro…

Salieron en dos grupos y caminaron hacia el embarcadero más cercano, donde estaba la lancha grande de Chávez, la más rápida y nueva. Éste saltó a bordo y señaló al siguiente embarcadero.

—Lerma, Boleda, acompañad a ésos a la otra lancha. Ayudadlos a atarlos bien a los tres y volved aquí enseguida. Y vosotros, Riquelme, ya sabéis: los tiráis vivos a la fosa, bien atados y lastrados… Lamento mucho no poder estar presente, pero es más interesante medio millón de dólares. Adiós, «señor» Charles. Le deseo una muerte atroz…

CAPÍTULO XV

—Ya están… —mascculló Boleda—. Ya les pondréis vosotros unos anclotes mientras navegáis hacia la fosa. Hasta la vista en La Habana.

—Adiós.

Boleda y Lerma desembarcaron y se dirigieron apresuradamente hacia la lancha donde les esperaba Avelino Chávez. El FBI no podía tardar mucho en llegar, el tiempo urgía…

La lancha donde eran transportados el G-man y las hermanas Navarro se hizo a la mar en primer lugar, directa hacia la profundísima fosa de Puerto Rico. Aproximadamente, veinticuatro mil pies. Y no sería difícil llegar allí, pues Puerto Rico está rodeado de grandes profundidades muy cerca de la costa. A muy pocas millas, casi bruscamente, ya se alcanza la profundidad de doce mil pies. Pero, al parecer, Chávez prefería la fosa de Puerto Rico, doblemente profunda…

El agente del FBI y las dos muchachas estaban tirados en popa, atados de pies, y las manos a la espalda. Sánchez conducía la lancha y Riquelme estaba ante ellos, mirándolos atentamente.

El G-man se movió, gimiendo, sin necesidad de fingir. Parecía buscar una postura más cómoda y, al fin, pareció encontrarla apoyando la espalda en un lado de la lancha y estirando las piernas casi pisoteando a Julita y Margarita. Esto no le pareció amable de su parte, de modo que cambió las piernas de postura, colocándolas detrás de Julita, a fin de no pisarla…

Durante unos minutos navegaron todos en silencio, bajo la luz

clarísima de la luna, llena, redonda, sonriente. En algunos puntos se veían las luces rojas de otras embarcaciones, efectuando sus singladuras normales.

Riquelme se puso en pie y caminó hasta colocarse junto a su compañero.

—Oye, Sánchez: ¿qué te parece si preparásemos el mortero? Si hemos de volver a San Juan para recoger a Fernández, será peligroso… Si los del FBI están por allá, sería… divertido, ¿no crees?

—No sé. Yo creo que no será necesario. Sería mejor que empezases a buscar algunos anclotes viejos para colgar de los pies de esta gente.

—De acuerdo. Quizá saque también el mortero.

—Haz lo que quieras.

—Échales un vistazo de cuando en cuando. No me fío de ese tipo del FBI. Ya ha liquidado a muchos de los nuestros.

—Ahora lo pagará todo junto.

—Seguro… —rió Riquelme—. Bueno, voy a buscar esos anclotes, o lo que sea.

Se fue hacia proa y alzó la trampilla que llevaba al pequeño sollado de la lancha. Poco después se oía en cubierta el fuerte golpe de dos anclotes… Y un minuto más tarde, otro. En seguida salió Riquelme a cubierta, sacudiéndose las manos.

—Todo está hecho un asco ahí abajo… —refunfuñó—. Lo único que está bien limpio es el mortero. Demonios, me gustaría… poder enviarles esa clase de obsequio a los del FBI. Por cierto, ¿cómo se porta el «señor» Charles?

—Bien. Parece que los golpes no le han sentado bien.

Riquelme se echó a reír de nuevo, cargó con dos anclotes y los tiró ante los prisioneros; fue a por el otro y lo dejó caer tan cerca de Rom que casi le aplastó un hombro. El
G-man
hizo un brusco movimiento, respingando, y Riquelme rió una vez más.

—Las damas primero —dijo.

Sacó una navaja, apretó el resorte y la hoja salió, brillante, aguda. Riendo de nuevo, se dedicó a cortar trozos convenientemente largos de un rollo de cuerda. Luego ató el primer

anclote, a los pies de Margarita, que, como Julita, tenía las piernas hacia delante, mostrándolas generosamente a Riquelme, quien, ciertamente, no estaba para aquellas tonterías. Ató el segundo anclote a los pies de Julita y se quedó mirando sonriente al G-man.

—Sus pies, «señor» Charles, por favor. Tendrá que abandonar por unos segundos su cómoda postura. Vamos, ¿qué espera?

—Casi… no puedo… moverme…

—¿No? Yo le ayudaré con mucho gusto.

Apartó rudamente a Julita y se inclinó, con las manos tendidas hacia los pies del G-man, para desplazarlos más hacia el centro de la popa…

Recibió el puntapié en la parte inferior de la barbilla. Un puntapié ferocísimo, terrible, que le partió la mandíbula, lo alzó… y lo tiró de cabeza al mar, dejando tras él un alarido de espanto. Seguramente jamás podría ya saber lo que era cierta lucha llamada karate.

Sánchez se volvió vivamente, sobresaltado, justo cuando el agente del FBI se ponía en pie de un agilísimo salto. Lanzó una exclamación de sorpresa, y durante un segundo pareció no saber qué hacer. De pronto soltó el volante y se volvió completamente, llevando la mano al bolsillo donde tenía la pistola… La sacó, pero la lancha dio entonces el primer bandazo, hacia la derecha, con el timón en libertad, y los dos hombres fueron lanzados hacia la borda opuesta.

Quizá porque ya había calculado esta posibilidad, el G-man salió mejor librado, conservó mejor el equilibrio; es decir, lo recuperó antes, más firmemente. Y sin dar tiempo a Sánchez a recuperarse del todo, estiró de nuevo su pierna derecha, casi de lado, furiosamente, hacia el bajo vientre del portorriqueño, que lanzó un alarido, disparó contra la cubierta y se encogió…, saliendo disparado hacia la borda opuesta, rodando, bajo la violencia del siguiente bandazo de la lancha.

También Rom Charles salió despedido hacia aquella parte de la pequeña embarcación, pero con más astucia… O quizá, con más desesperación, aumentada por el hecho de tener las manos atadas a

la espalda. Lo cierto fue que su golpe contra la borda lo frenó Sánchez, que quedó prensado entre aquélla y el cuerpo de federal, en duro impacto; rebotaron los dos, rodando por la cubierta…, y al mismo tiempo, Charles lanzaba otro puntapié contra la cabeza de Sánchez. Lo acertó de lleno en la sien y el hombre giró extrañamente, de nuevo hacia la borda, sin levantarse.

El G-man sí lo hizo, de un salto, y se acercó al caído Sánchez, que ya se había olvidado de su revólver, y apoyaba las manos en la cubierta, intentando incorporarse. Sobreponiéndose a su propia repulsión ante el acto, Rom Charles volvió a golpearle, ahora en la barbilla… Pareció que la cabeza de Sánchez fuese a saltar, como una pelota… Sus ojos giraron, su espalda se curvó… y quedó de bruces, por fin, mientras Rom Charles era lanzado de nuevo contra la otra borda al siguiente bandazo de la lancha.

Se dejó caer en la cubierta y rodó hacia donde estaban las muchachas, aterradas, desorbitados los ojos.

—Ponte… de espaldas a mí, Julita —jadeó.

Se pusieron espalda contra espalda, no sin dificultades. Luego los fuertes dedos del G-man soltaron los nudos de las cuerdas que sujetaban a la muchacha, cuyas manos quedaron libres.

—Ahora las mías… Date prisa… Si la lancha gira, nos vamos a estrellar contra las rocas.

En silencio, Julita Navarro se dedicó a desatar las manos del agente del FBI, que notaba en las suyas aquel líquido caliente, viscoso. Cuando tuvo las manos libres se volvió y tomó las de Julita, manchándose aún más de sangre. Miró sobrecogido a la muchacha, que sonrió apenas, como a punto de desmayarse.

—Me…, me hice sangre al…, al desatarte los pies. Rom… Me he roto las uñas, y…, y…

Charles tragó saliva, impresionado. Abrazó a la muchacha mientras la ayudaba a ponerse en pie…

—Eres una gran chica, amor…

—Rom… Mis pies… aún están…

—Oh, sí.

La sentó de nuevo y la desató rápidamente. Sus manos, ciertamente, no sangraban por el rápido esfuerzo. Ayudó de nuevo a la muchacha a ponerse en pie y la llevó hacia el volante de la lancha, sujetándola por la cintura.

—¿Estás bien? ¿Estás bien, muñequita…?

—No sé… No sé, Rom…

—Coge el volante —puso sus manitas allí—. Eso es… Con cuidado. No hagas nada que no sea mantener el volante inmóvil. Así vamos bien. Voy a desatar a Margarita.

Lo hizo en menos de dos minutos, con tirones suaves y expertos. Luego se quedó mirándola, sonriendo animosamente.

—Todo va bien ahora, Margarita. No te muevas. Julita vendrá ahora contigo.

—¿Quién…, quién es usted…?

—Ella te lo irá explicando. Pero puedo adelantarte que si tenemos suerte, seremos cuñados… ¿Qué te parece la idea?

—Es…, es buena, señor Charles —intentó sonreír la muchacha.

—Eso pienso yo.

Fue al volante, y Julita regresó a popa con su hermana. Pocos segundos después Rom detenía la lancha, que quedó flotando sobre el quieto mar teñido de plata. Estuvo un minuto buscando en el armario que había bajo los mandos, y cuando fue a popa llevaba en una mano una botella y en la otra unas cuantas latas de conserva. Recogió la navaja que Riquelme había utilizado para cortar trozos de cuerda y se sentó delante de las dos hermanas sonriendo.

—Vino y carne envasada. No hay otra cosa, Margarita… ¿Podrás resistir hasta que abra una de las latas?

Hundió la punta de la navaja en una de ellas y luego fue cortando la cubierta, que, finalmente, alzó, acercando la lata a su nariz.

—Mmm… Bien, adelante. Y bebe vino. Puedes utilizar la navaja como tenedor. No es muy elegante, pero sí es práctico.

Tendió la lata a Margarita, que la tomó con manos temblorosas. De nuevo sonrió Rom, y decidió que era mejor dejar en confianza a Margarita. Fue a donde yacía Sánchez y le puso una mano en el cuello. Estaba vivo.

Cogió un trozo de cuerda y le ató las manos a la espalda. Luego, con otro, le ató sólidamente los pies. Miró a su alrededor y,

finalmente, se decidió por el pequeño sollado. Lo abrió, sacó de allí un cubo de lona y lo llenó de agua inclinándose sobre la borda.

Finalmente, vació el cubo sobre Sánchez, que se agitó bruscamente…

Cuando por fin abrió los ojos con lucidez, estaba sentado en la cubierta, apoyado de espaldas en la borda. Acuclillado ante él estaba el «señor» Charles, con un bichero de aguda punta y feo gancho. La aguda punta estaba a menos de cinco pulgadas de la garganta de Sánchez.

—Muchacho —musitó el G-man —, no estoy bromeando. Escucha bien mi propuesta, por favor. Si contestas a mis preguntas, te llevaré detenido a San Juan, donde serás juzgado de acuerdo a tus delitos. Si no las contestas, te clavaré ahora mismo, por la garganta, en la borda. Tú tienes la palabra.

—Yo…, yo le diré… lo que quiera…

—Okay. Sabemos que Avelino Chávez ha ido a un lugar llamado Cerro Gordo. ¿A quién va a ver allí para entregarle el sobre?

—No…, no sé quiénes son… ¡Se lo juro! Ni él mismo lo sabe. Solo…, sólo sabemos que pagarán ese dinero… Fueron a ver al señor Chávez, hablaron con él… Al señor Chávez no le interesó quiénes eran, solo…

—Sólo los quinientos mil dólares. Muy bien. ¿Cuántos hombres habrá para recoger el sobre?

—No lo sé… ¡No lo sé!

—¿Quién facilitó los datos sobre esas maniobras de la flota de la U. S. Navy?

—No sé…

—¿Quién preparó los planes para el sabotaje?

—¡No lo sé!

El G-man miró torvamente al portorriqueño.

—Amigo Sánchez; me parece que no sabes nada que pueda valer tu vida… Piénsalo bien.

—¡Le juro que no lo sé! ¡Se lo juro por Dios!

Por un instante pareció que Rom fuese a clavar el agudo bichero

en la garganta de Sánchez, pero desistió de ello.

—Deja tranquilo a Dios, asesino. Está bien, si no sabes nada, yo me enteraré por los dos, puedes estar seguro, canallita —clavó el bichero en la cubierta, regresó junto a las dos hermanas…, y antes de hablar le abrió otra lata de carne a Margarita—. Supongo que sabéis qué es eso de Cerro Gordo, Julita.

—Claro… Punta del Cerro Gordo. Está hacia el Oeste, Rom.

—¿Muy lejos?

—No… A unas quince millas de San Juan.

—Fantástico. Pues nos vamos para allá —regresó junto a Sánchez y le dio un golpecito con el pie—. Tú, ¿qué hablabas antes con el otro de un mortero? No lo he visto en el sollado.

—Está… envuelto en sacos…

—¿Y las granadas?

—En una caja de las que… se usan para poner la pesca, que está en un rincón, puesta al revés…

—Así me gusta.

Capítulo XVI

Llegaron a Punta del Cerro Gordo muy pegados a la costa rocosa, divisando perfectamente las dos embarcaciones que flotaban, a motor parado, juntas.

Impávido, el agente del FBI graduó la línea de tiro del pequeño mortero, colocándolo en tiro tenso; se convertía así en un pequeño cañoncito, que, ciertamente, podía dar serios disgustos.

De buena gana habría dado a los ocupantes de ambas lanchas la oportunidad de rendirse, pero sabía que en cuanto descubriesen su presencia no sólo se negarían a rendirse, sino que le atacarían ambas lanchas a la vez. Un gran riesgo que no estaba dispuesto a correr, no por él mismo, sino porque su fracaso, su tolerancia hacia aquellas gentes, podría dar como resultado las muertes de quizá mil marines norteamericanos, aparte de la pérdida de dieciséis navíos. La apuesta era demasiado alta para andarse con contemplaciones, y más si se tenía en cuenta qué clase de gente era aquella que vendía y compraba por quinientos mil dólares las vidas de mil muchachos americanos.

De pronto oyó el rumor de los motores y vio las lanchas separándose lentamente… Lo habían visto, al fin. No podía ser de otro modo. Quizá habían oído el motor antes de que él lo parase, y, por fin, inevitablemente, lo habían visto.

Metió la primera granada por la boca del mortero y movió éste ligeramente, apuntando a la lancha más grande.

—Dios me perdone…

¡Ffuuummm…!

La primera granada salió con fuerte zumbido. Dos segundos más tarde la lancha grande estallaba violentamente en un rojo surtidor, astillándose en el aire, partiéndose en mil pedazos, alzándose sobre

la blanca columna de agua, que desapareció enseguida, dejando encima de ella una negra columna de humo negro y morado, salpicado de chispas…

La segunda lancha estaba describiendo un arco. Parecía que intentaba alejarse, y Rom metió en el tubo velozmente otra granada. Movió el mortero, apuntó rápidamente, y disparó de nuevo…

Una gran columna de agua, de espuma blanca que brilló a la luz de la luna, brotó a la derecha de la otra lancha, que estaba girando, muy cerrada, siguiendo la trayectoria iniciada al separarse de la más grande. Por un instante pareció que la lancha fuese a variar el rumbo, optando por la huida, muy cuerdamente. Pero a bordo de aquella lancha alguien debió dar orden tajante de atacar, quizá convencidos de que no podrían escapar al siguiente disparo del mortero, y prefiriendo el ataque que podía proporcionar la victoria…

Rom Charles metió a toda prisa otra granada y apuntó con un poco más de calma… La lancha se acercaba a toda velocidad, describiendo una línea ondulada que dificultaba no poco el disparo. Una línea ondulada irregular, imprevisible…, que tuvo éxito, ya que el tercer disparo de Rom, segundo contra aquella lancha, también falló. La granada explotó muy cerca, ante la proa, inundando la lancha con una tromba de agua plateada, zarandeándola…

Pero siguió su camino hacia la embarcación que ocupaba el agente del FBI, el cual, ciertamente, estaba al borde de perder la serenidad. Cogió la siguiente granada, y la estaba metiendo en el tubo cuando de la otra lancha, ahora a, menos de ciento cincuenta yardas, comenzaron a brotar fogonazos. Las balas silbaron por encima del federal y oyó varios impactos contra el casco de la lancha.

Se encogió y disparó de nuevo sin poder modificar el tiro, so pena de que le volasen la cabeza con varios disparos de arma larga. Oyó el estampido de la granada, vio el resplandor un instante… Pero enseguida continuó oyendo el rugir de la otra lancha, acercándose a toda velocidad. Asomó la cabeza un instante y la vio venir, ahora directamente hacia él, chorreando agua… Ya no disparaban.

Cuando comprendió la verdad, todo su vello se erizó en un

intenso escalofrío: no había acertado a la lancha, pero la tromba de agua esta vez había caído con más fuerza sobre la cubierta, barriéndolo todo… ¡Y la lancha, sin nadie que la gobernase, iba directa hacia la que ocupaban él y las dos muchachas!

Aterrado saltó hacia los mandos, la puso en marcha bruscamente y salió disparado, a toda la velocidad posible, desocupando el lugar. Iba con la cabeza vuelta, mirando la gran lancha que se le hubiese echado encima de no partir a toda prisa… Todavía pudo oír unos fuertes gritos de aviso, la lancha se ladeó en el principio del forzadísimo viraje, y…

Reventó contra las rocas, formando una redonda bola de fuego que se amplió para, en menos de un segundo, concentrarse en otra explosión menor, pero igualmente violenta… Más humo negro ascendió hacia el cielo plateado, y miles de astillas de todos los tamaños regresaron al mar, tras ser lanzadas hacia las alturas. Medio casco de la lancha quedó empotrado en las rocas, ardiendo furiosamente, lanzando chispas que se extinguían velozmente…

—Dios…

Miró a las hermanas Navarro, que yacían en la cubierta, boca abajo, encogidas en su pánico.

Y más allá, en dirección a San Juan, vio los tres potentes reflectores que habían surgido de pronto en el mar, acercándose velozmente.

CAPÍTULO XVII

El inspector Carranza, pistola en mano, saltó a la lancha desde la suya. De una sola ojeada se hizo cargo de la situación. Miró a las sobrecogidas muchachas, guardó la pistola y tendió la mano a Rom.

—Charles… ¿Están todos bien?

—Nosotros sí, señor. Bueno… Digamos que estamos bastante bien.

—Están vivos, y eso es bueno —quiso sonreír Carranza… Miró hacia los restos ardientes de las dos lanchas, y las señaló—. ¿Cómo lo ha hecho?

—Con un mortero, señor.

—Oh… Bueno. Será cosa de solicitar a Washington que permitan llevar un mortero a cada agente. Creo que será mejor que volvamos a tierra. Los muchachos se encargarán de todo. Mmm… Yo diría que usted ha hecho una… limpieza general. Respecto a eso de
AKAK-398,
tuve velocísima respuesta de Washington; es la clave para designar una…

—Operación de la U. S. Navy con carácter de maniobras para un desembarco en costa rocosa. ¿Correcto, señor?

—Correctísimo. Evidentemente, alguien quería… digamos fastidiar a la U.
S. Navy.

—¿Fastidiar? —exclamó Rom—. ¡Habrían muerto quizá mil infantes de Marina, señor!

—Eso parece —susurró Carranza.

—¡El tipo que facilitó esa información va a vérselas conm…!

—Ya está detenido —sonrió Carranza.

—¿Cómo?

—Es una mujer. Ya hacía semanas que el FBI de Washington estaba detrás de una mujer, una muchacha muy joven y bonita que… se había «enamorado» de un coronel de la Estrategia Combinada del Pentágono. Dicho coronel, que cuenta cincuenta y seis años nada menos, era uno de los forjadores de las maniobras
AKAK-398.
Como es natural, en cuanto nuestra Central supo que por aquí andaban unos papelitos con esa sigla, se apresuraron a informarnos de todo… Y todavía se apresuraron más para ir en busca de esa muchacha.

—Pero… ¿quién es ella? ¿Cuál es su nacionalidad?

—Norteamericana. No sabe nada, de momento. Sólo que le ofrecieron cien mil dólares por sonsacar al coronel. Los dos están ahora a buen recaudo. Charles. Ella, acusada de espionaje. El, de negligencia criminal. Nosotros hemos terminado.

—Bien… ¿Y el tipo que ideó el sistema de sabotaje?

—¿Quién?

Rom Spencer Charles encogió los hombros.

—Habrá que olvidarlo. Se fue a Europa, y… no creo que allí se le pueda encontrar, sin conocerlo, sin saber nada de él…

—Quizá sea mejor así —dijo intencionadamente Carranza.

—Sí… Quizá sea mejor… ¿Qué hay, Eduardo?

Desde otra lancha, uno de los agentes del FBI en Puerto Rico había estado llamando la atención de Carranza, y alzó la voz al obtenerla:

—¡Hay cientos de billetes de cien dólares flotando, señor!

—¡Recogedlos, naturalmente! Y ved si podéis recuperar algún cadáver… ¡Y recoged todos los billetes que podáis!

—¿Qué importan unos cuantos billetes? —Gruñó Charles.

—Bueno —Carranza miró a Julita, que se abrazaba a la cintura del
G-man
—. Espero conseguir un porcentaje interesante para que alguien pueda pasar una estupenda luna de miel. Charles. ¿O quizá me estoy equivocando en grande?

—No, señor —sonrió temblorosamente Julita—. No se está equivocando en lo más mínimo.

—Pues… muchas felicidades.

ESTE ES EL FINAL

Jason acabó de ordenar la estantería y se volvió hacia el mostrador, iniciando la sonrisa hacia los clientes que había oído colocarse en la barra.

—Diga… ¡Señor Charles!

—Hola, Jason.

El propietario-camarero del *snack* desvió la mirada hacia la hermosísima muchacha de enormes ojos que se sentaba junto al G-man,
y quedó estupefacto unos segundos.

—Pero ella… ¡Esta chica es…!

—Mi esposa, Jason.

—¡Caaaramba! —exclamó éste—. Demonios, señor Charles, desaparece usted un mes, y vuelve casado… ¡Es usted una centella!

—Más o menos —sonrió Rom Spencer Charles—. Bueno, prepáranos algo para cenar, hombre.

—¡Cómo! ¿Se casa usted y viene a cenar aquí?

—Hombre, no vamos a llegar de viaje y se va a meter en la cocina, digo yo… Prepáranos algo bueno. Pero mientras esperamos…

—¿Un Martini, como casi siempre, señor Charles?

—Qué demonios de Martini ni qué… ¡Jamás me gustaron los Martini!

—Pero, señor Charles, usted…

—Nos pondrás ron con soda, hielo y azúcar. ¿Okay?

—Sí… Oh, sí, por supuesto. Ron con… En seguida. ¿Adónde fue por fin a esquiar, señor Charles?

—¿A esquiar? Hombre, no digas tonterías, Jason… ¿A quién se le ocurre ir a esquiar habiendo tan hermosas playas como Copacabana, Acapulco, Dorado Beach…?

—Pero usted decía… Oh, sí, está muy moreno, sí… Emm… Muy moreno, eso es. Claro, en las playas… ¿De verdad es su esposa?

Rom Spencer Charles sonrió y se quedó mirando a Julita, con su bonito vestido color malva, de primavera, sujeto a los finos hombros por unos casi invisibles tirantes. Y aquellos ojos, y aquella boca, y… y… ¿Era su esposa? ¿No lo estaba soñando? Tan dulce, tan cariñosa y bonita, tan…

—Es mucho más que mi esposa, Jason: es…, y será siempre…, mi amor de Puerto Rico.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…